OVIDIO.

LOS AMORES.



AMORES.

ELEGÍAS AMATORIAS

DE

OVIDIO,

por primera vez publicadas en lengua castellana.

Traduccion hecha sobre el original latino por dos literatos valencianos.

VALENCIA; 1878.

LIBRERÍAS DE JUAN MARIANA Y SANZ, EDITOR,
librero de la Universidad y Ayuntamiento,
Bajada de S. Francisco, núm. 11. || *Lonja de la Seda,* núm. 7.





Valencia 1878.—Imp. de M. Alufre, Quevedo, 17.

EPÍGRAMA

DE P. OVIDIO NASON,

SOBRE SUS AMORES.

Nosotros que éramos poco há en número de cinco libros, somos ahora solo tres: Ovidio, nuestro padre, así lo ha preferido. Si no experimentais gusto alguno al leernos, la disminucion de dos libros aliviará vuestro enfado.

LOS TRADUCTORES.

No hay español medianamente instruido, siquiera no posea la lengua del Lacio, que no conozca á Ovidio por sus célebres *Metamórfosis*, vertidas al castellano desde antiguo por Antonio Perez Sigler, Felipe Mey y otros; vulgar se ha hecho ya el conocimiento del mismo eminente poeta por su famoso *Arte de amar*, cuya última edicion española ha publicado recientemente el editor del presente libro; á quien registre nuestras bibliotecas no ha de ser difícil saborear en la propia lengua de Castilla la traduccion que D. Sebastian de Albarado tituló *Heroyda Ovidiana* y hasta las *Epístolas amatorias*, causa, segun se dice, de la desgracia y destierro de su autor, que tiempo há fueron traducidas por Diego Megía; pero los Amores, obra la más expontáneamente producida por el génio poético del voluptuoso Ovidio, los *Amores*, que reflejan fielmente la manera más íntima de ser y de pensar, no solo de su autor, sino de la juventud romana de su época; los *Amores*, que marcan el grado de la corrupcion de costumbres de la corte de Augusto, digna, por más de un concepto, de profundo estudio; esos *Amores* son poco conocidos en el mundo literario, y jamás hasta ahora, que sepamos, han sido traducidos á la lengua castellana.

¿Es menguado, acaso, el mérito de las elegías amorosas del autor de las Metamórfosis?

De ningun modo: Ovidio habia nacido poeta; y á pesar suyo, á pesar de la promesa de no componer más versos, hecha á su padre al pedirle perdon, diciendo: «*Parce mihi, nunquam versificabo, pater!*», los versos, como el anterior, brotaban naturalmente de su mente, como el agua desbordada de manantial fecundo, hasta el punto de confesar él mismo: «*Quid quid tentabam scribere, versus erat.*» Poeta por naturaleza, entre todos los géneros de poesía, el que mejor se adaptaba á su génio é inclinaciones, era sin duda el amoroso.

En vano se propone escribir un poema en doce cantos, para celebrar al jigante de cien manos Gyges, hijo del cielo y de la tierra; su musa es el amor: «*¡hoc quoque jussit amor!*»

Ahora bien; ¿dónde más en su centro pudo encontrarse el génio poético de Ovidio que al cantar sus propios amores?

Corina, la bella Corina, semejante á Lais y á Semíramis, y principal objeto de las elegías amorosas de Ovidio, es á este poeta lo que Delia á Tibulo, lo que Lesbia á Catullo, lo que Cynthia á Propercio, lo que Lycoris á Galo, lo que Lydia, Gliceria, Cloris, Phyllida, Licia, Phillis, Neera, Tyndaris y Pyrrhe al voluble Horacio (1).

---

(1) Ello, no obstante, dice de él el Sr. Alarcon en su discurso de recepcion por la Real Academia Española, que fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos.

Del mismo modo á Ovidio, que públicamente ama á Corina, tampoco le son indiferentes la camarera Cypassis, la peinadora Nape y otras que no nombra, pero que tambien le inspiran bellos versos como protectoras de sus intrigas amorosas, á cuya sombra se ocultan.

Al desaparecer estos pasajeros amores, no queda en el pecho del poeta otro afecto más íntimo que el recuerdo de la amistad consagrado á su inolvidable compañero Tibulo, á cuya sentida muerte dedica una de sus más bellas elegías de este libro, en la que evoca los queridos nombres de Calvo, Catullo y Galo, cantores del amor, cuyos nombres figuran juntamente en el Eliseo.

Solo otra de las elegías iguala tal vez á esta en fuerza de conviccion y de sentimiento, y es la XV del libro I, dirigida contra los detractores de la poesía.

La poesía, la amistad, el amor, hé aquí la trilogia que comprende toda la vida de Ovidio; tales son la delicia, el consuelo y la necesidad de su alma. ¿Dónde, pues, ha podido reflejarse mejor esta, que en las elegías dedicadas á sus más íntimos afectos?

Leyendo las *Metamórfosis* se puede apreciar la erudicion mitológica, el ingénio para elegir, la facultad para poetizar de Ovidio; en *Arte de amar* hace gala de su aptitud didáctica; pero para conocer á Ovidio como poeta y como hombre, es necesario leer sus *Amores*.

Verdad es que nada tienen de honestos tales *Amores*, que no serian dignos de leerse, á no estar engalanados con toda la mágia de la poesía y de la originalidad. En efecto, los *Amores* de Ovidio, que no tienen la tristeza de Tibulo, ni el buen humor y sencillez de Ho-

racio; que están lejos de los arrebatos de Cátulo, y aun más lejos del insulso platonismo de la mayor parte de los poetas eróticos, son la expresion del placer y de la voluptuosidad en toda su desnudez, pero presentada con el decoro del arte.

Si es digna de condenarse á perecer esta clásica obra, cuya traduccion presentamos, no deben por igual razon quedar en pié las clásicas estátuas de Vénus, que tambien con toda su desnudez, pero con el decoro del arte, nos legó la antigüedad, como representacion de la voluptuosidad, del placer y de la belleza, si es que otra cosa no representa la infiel esposa de Vulcano y lasciva amante de Adónis.

LIBRO PRIMERO.

ELEGIA PRIMERA.

ARGUMENTO.

Por qué el poeta pasa de los versos heróicos á los eróticos.

Las armas y las encarnizadas batallas me preparaba á cantar en forma heróica. Los versos eran todos de igual medida, pero dicen que se echó á reir Cupido y acortó un pié. ¿Quién, niño cruel, te ha dado tal derecho sobre la poesía? De las musas, y no tuyo, somos cortejo los vates. ¿Qué se diria si Vénus se cubriese con las armas de Minerva ó si esta atizase tu hacha para avivar su llama? ¿Quién hallaria conforme que Céres reinase en las frondosas selvas y la vírgen del Carcax presidiese el cultivo de los campos? ¿Apolo, el de los rubios cabe-

llos, será armado de aguda lanza. mientras que Marte hará vibrar las cuerdas de la lira Aonia? Demasiado grande y demasiado poderoso, ¡oh muchacho! es tu imperio; ¿por qué aun quieres extenderlo más? ¿Es todo tuyo? ¿son tuyos el monte Helicon y el valle de Tempe? ¿Tambien ha de ser tuya la lira de Apolo? El primer verso principiaba rotundamente mi nuevo poema, cuando el Amor acorta repentinamente mi brio. Para inspirarme versos más ligeros, no tengo ni un jóven ó una jóven de blondos cabellos, que me den pié.

Apenas me habia quejado, cuando desligando su carcax, sacó flechas destinadas á herirme y despues de tender fuertemente sobre la rodilla su flexible arco: «Recibe, dijo, oh vate, asunto que cantar.» —¡Infeliz de mí! el niño acertó la puntería. Me abrasó, y en mi pecho, hasta ahora vacío, reina el Amor. Comencé mi obra con seis piés y acabé con cinco. Adios, sangrientas guerras; adios, ritmo bélico. Ciñe tu rubia cabeza con el verde mirto, Musa mia, que no tienes que modular más que once piés en cada dos versos.

ELEGIA SEGUNDA.

ARGUMENTO.

Descríbese el triunfo del amor.

¿Podrá haber quien me diga por qué me parece tan duro mi lecho, por qué mi cubrecama no puede permanecer sobre él, por qué esta tan larga noche ha pasado sin poder yo conciliar el sueño, y por qué, aun echado, me duelen todos los huesos? Comprendo que así sucediera, si algun amor viniese á tentarme. ¿Por dónde traidoramente se desliza y callado me hiere con sus artificios? Sí, eso es: agudas flechas han penetrado mi corazon, que fiero, el amor trata como pais conquistado. ¿Me daré por vencido, ó, luchando, daré pábulo á esta súbita llama? Cedamos: leve se hace la carga cuando se la sabe llevar. Crecen las llamas cuando se las combate soplando, y se extinguen cuando nadie las toca. Más golpes llevan los bueyes que repelen el yugo, que los habituados á llevarlo. El caballo indómito es duramente regido, y ménos siente el freno el que está pronto á marchar

al combate. Así tambien el Amor apremia más cruelmente á los rebeldes que á los que se conforman á prestarle vasallaje.

Yo lo confieso, soy tu nueva presa, Cupido! somos los vencidos que extendemos las manos ante tu poder. No hay necesidad de guerra; paz y perdon te imploramos. Pero no mereces alabanza en vencer con tus armas á un hombre inerme. Corónate de mirto, unce las palomas de tu madre; el mismo Marte te dará el carro que te conviene, y sobre ese carro, en medio de las aclamaciones del pueblo, te erigirás triunfador, y guiarás con arte las uncidas aves. Seguiránte jóvenes cautivos y cautivas niñas. Esta será la pompa de tu magnífico triunfo, y yo mismo, postrer víctima, estaré allí con mi reciente herida, y, esclavo sumiso, arrastraré mi nueva cadena. La Moralidad será conducida con las manos atadas tras la espalda, lo mismo que el Pudor y cuanto es obstáculo á las armas del Amor. Todos te temerán y, extendiendo hácia tí sus brazos, entonará el pueblo con grandes voces «¡Victoria!» Las caricias serán tus compañeras, y la ilusion y la locura tu inseparable escolta. Con este ejército somete los hombres y los dioses. Alegre

tu Madre te aplaudirá triunfador, desde lo alto del Olimpo, y esparcirá rosas sobre tu frente. Tus alas y tus cabellos se adornarán con piedras preciosas, y resplandeciente como el oro, serás conducido por las doradas ruedas de tu carro. Tambien entonces, si mal no te conozco, inflamarás no pocos corazones; tambien entonces abrirás á tu paso muchas heridas. Tus flechas, aunque lo quisieras, no pueden estar quietas, tu férvida llama quema aun en medio del agua.

Tal era Baco cuando triunfó del pais donde corre el Ganges: tú eres conducido por aves, él lo fué por tigres; así, pues, que forme yo parte de tu sacra comitiva; no quieras perder el derecho del vencedor. Contempla la feliz conquista de tu pariente César: con la misma mano con que los vence proteje á los vencidos.

ELEGIA TERCERA.

ARGUMENTO.

Se recomienda á su querida por las excelencias de la poesía, la pureza de sus costumbres y la fidelidad á toda prueba, que ofrece.

Mi plegaria es justa: que la niña que há poco me han robado, ó me ame, ó haga por que le ame toda mi vida. ¡Ah, demasiado he ambicionado! que solamente me permita amarla. Ojalá Venus oyera mis súplicas. Acepta un amante que te servirá por largos años, acepta un amante que sabe amar con fidelidad eterna.

Si no me recomiendan ilustres apellidos de antigua familia; si mi abuelo era solo un caballero particular, y si las tierras de mi casa no se remueven con innumerables arados y mis padres restringen mi escaso gasto, recomiéndenme no solamente Apolo y sus nueve compañeras y el inventor de la viña, sino tambien el Amor que me entrega á tí, y la fidelidad á que nadie me hará faltar; mis costumbres sin tacha, mi inocente sencillez, y mi rubicundo pudor. No me gustan todas: no soy

burlador de Amores. Tú sola, si me correspondes con la misma fidelidad, serás siempre mi perene cuidado. Ojalá pase junto á tí los años que la Parca me deje, y muera con sentimiento tuyo.

Dame feliz tema para mis versos y serán dignos de quien los inspira. A la poesía deben su celebridad la ninfa Io, asustada de sus cuernos; y aquella á quien el adúltero sedujo, trasformado en Cisne (1), y la que robada por un fingido toro se cogió á sus largos cuernos con virgínea mano (2). Nosotros tambien seremos cantados por todo el mundo, y siempre citarán unidos tu nombre y el mio.

ELEGIA CUARTA.

ARGUMENTO.

Antes de cenar con su querida le indica las señas con que podrán manifestarse su mútuo amor á presencia del marido.

Tu marido ha de cenar con nosotros; así sea esta su última cena! ¿mientras tanto solo contem-

(1) Leda.
(2) Europa.

plaré á mi amada como convidado? ¿El derecho de estar junto á ella será de otro? ¿Recostada con él darás nuevo calor á su seno? ¿Cuando guste, pasará su mano sobre tu cuello? No atiendas á la que tras el festin de su boda (1) puso en guerra á los deformes Centauros. Yo no habito las selvas, ni soy medio caballo como ellos, pero me parece que apenas podré contenerme. Aprende lo que tienes que hacer y no dejes que se lleven mis palabras ni el Euro ni el tibio Noto.

Llega ántes que tu marido; no preveo aun así qué puede hacerse, pero vé primero. Cuando se acerque á la mesa, irás con aire modesto á ponerte á su lado; procurando el oculto contacto de nuestros piés. Observa lo que te indiquen mis señas y el lenguaje de mis ojos. Mira y devuelve del mismo modo las furtivas señas. Sin voz te hablarán mis cejas y leerás palabras trazadas con los dedos. Cuando te ocurra la idea de nuestros placeres, toca con el tierno índice tus sonrosadas mejillas. Si quieres darme alguna secreta queja, suspenda el extremo de tu oreja tu blanda mano. Cuando te

(1) Hippodarnia.

plazca, sol mio, lo que yo haga ó diga, haz rodar tu sortija al rededor de tus dedos. Pon las manos sobre la mesa del modo como cuando suplicantes piden para tu marido todos los males que merece. Cuando él te escancie el vino, haz que se lo beba, y pide despues por lo bàjo al criado que te sirva el que prefieras. Yo tomaré el primero la copa que tú dejes y beberé en ella por la misma parte por donde tú hayas bebido. Si por casualidad te ofrece el vino libado ántes por él, rehúsalo. No permitas que oprima tu cuello con indignas caricias, ni reposes tu cabeza sobre su rudo pecho; sobre todo, guárdate de darle besos. Si se los das, yo me declararé públicamente tu amante, diciendo «son mios;» y se los disputaré con mis manos.

Estas caricias, sin embargo, las veré; pero las que me ocultará la cubierta de la mesa serán mi mayor tormento. No juntes, pues, ni tus piernas, ni tus rodillas á las de tu marido, ni roces con tu delicado pié, su pié grosero.

Temo, infeliz, muchos males, porque muchos males hice, y me atormento con el temor de mi mismo ejemplo. Muchas veces mi querida y yo hemos estimulado bajo los vestidos que nos cu-

brian, el momento del dulce placer. Tú no harás eso; pero, para ahuyentar toda duda, desnuda tus espaldas del manto que las cubre. Ruega contínuamente á tu marido que beba, pero sin acompañar las súplicas con besos; y mientras beba, añádele furtivamente si puedes vino puro, y si se deja caer por efecto del sueño y del vino, nos aconsejarán el sitio y las circunstancias.

Cuando te levantes y todos nos levantemos para irnos á casa, no olvides introducirte en medio de la comitiva; allí me encontrarás ó allí te encontraré, y entonces tienta de mí lo que puedas.

¡Infeliz de mí! Te he enseñado lo que debe aprovechar para pocas horas, pues la noche manda separarme de mi compañera. Su marido se encerrará con ella toda la noche, y yo, bañado de lágrimas, no podré seguirle sino hasta la puerta. Le dará besos, despues se tomará algo más que besos, y le darás como un deber, lo que á mí me concedes furtivamente; pero no te prestes, esto te es posible, sino de mala gana y como á la fuerza. Callen las caricias, y séale Vénus avara. Si de algo sirven mis votos, él no hallará placer alguno; á lo menos tú no lo recibas de él. Por lo demás,

cualesquiera que sean los sucesos esta noche, niégame mañana porfiadamente haberle concedido cosa alguna.

ELEGÍA QUINTA.

ARGUMENTO.

Alégrase de haber poseido á su amiga.

Hacia mucho calor; era el medio dia, y yo me recosté en la cama para descansar. Las ventanas estaban entreabiertas, dando paso á una media luz semejante á la que suelen dejar los árboles del bosque, ó á la que destella el crepúsculo cuando el sol se pone, ó bien la que se distingue cuando acaba la noche, pero aun no ha principiado el dia. Tal es la luz que ha de prepararse á las niñas vergonzosas, para que su tímido pudor pueda cohonestarse con la penumbra.

Hé aquí que llega Corina, con la túnica recojida y con el cabello dividido sobre su blanco cuello, cual se dice iba al tálamo la hermosa Semíramis, ó como Lais se presentaba á sus numerosos aman-

tes. Le separé la túnica, que por lo fino no perjudicaba gran cosa, pero luchaba por cubrirse con ella, y así luchando, como quien no quiere vencer, fué vencida sin gran pena.

Cuando se descubrió ante mis ojos sin velo alguno, no apareció ni una imperfeccion en todo su cuerpo. ¡Qué hombros, qué brazos ví y toqué! ¡qué seno formado para las caricias! ¡Qué liso vientre bajo su preeminente pecho! ¡Qué esbelto talle! ¡Qué juvenil pierna! ¿Por qué descender á detalles? No he visto nada tan perfecto, y desnudo oprime su cuerpo con el mio. ¿Quién ignora lo demás? Fatigados, descansamos los dos. ¡Así pueda yo pasar á menudo las calurosas horas del medio dia!

ELEGÍA SEXTA.

ARGUMENTO.

Imprecaciones contra el portero que rehusaba abrirle la puerta.

Portero, indignamente cargado de hierros, abre, haciendo rodar los goznes la rebelde puerta.

Poco es lo que te pido: entreábrela solo lo suficiente para que pueda yo pasar de lado. La prolongada pasion amorosa, ha extenuado mi cuerpo y ha puesto mis miembros á propósito para ello. El amor me enseña á insinuarme suavemente á los guardianes, y dirije, protegiéndolos, mis pasos.

En otro tiempo, empero, yo temia la noche y sus vanos fantasmas, y me admiraba de que álguien se aventurase entre tinieblas. Se burló á mis oidos Cupido con su tierna madre, y díjome por lo bajo: «Tú tambien te volverás valiente.»

La hora del amor ha llegado sin tardanza y no temo las sombras que vagan durante la noche, ni las manos dirigidas contra mi persona. No temo mas que tu lentitud; solo á tí te halago; tú tienes el rayo con que puedes perderme. Para que mejor lo veas quita estas crueles barreras, y mira cómo esa puerta está regada con mis lágrimas. Cuando desnudo estabas para recibir azotes, intercedí por tí ante tu señora. Así, pues, mis súplicas que entónces pudieron alcanzar gracia en favor tuyo, ¿no podrán ¡oh infamia! alcanzarla hoy en mi favor? Págame lo que me debes, hé aquí la ocasion de mostrarte agradecido, como deseas. La noche avan-

za: descorre los cerrojos. Hazlo, y así seas libertado de la larga cadena y no bebas perpétuamente el agua de los esclavos!

Duro como el hierro, no me oyes, portero, cuando te suplico, y la puerta de fuerte roble permanece cerrada. Que las cerradas puertas sirvan á las ciudades sitiadas; pero en medio de la paz, ¿por qué temes las armas? ¿Qué harás con un enemigo, si así resistes á un amante? La noche avanza; descorre los cerrojos.

No vengo con armas y soldados, yo estaria solo si el cruel Amor no viniese conmigo. Aunque quiera, no puedo alejarle. Me acompañaria aunque me dividiese en dos. El Amor, un poco de vino que se me sube á la cabeza, una corona que se desprende de mis perfumados cabellos, es lo que llevo conmigo: ¿quién temerá tales armas? ¿quién no correrá á su encuentro? La noche avanza, descorre los cerrojos.

¿Es tu inercia ó es el sueño, contrario del que ama, la causa de que sin que las atiendas se lleve el viento mis palabras? Pero yo me acuerdo que en otro tiempo cuando me queria ocultar de tí, te hallaba en pié y vigilando á media noche.

Tal vez á estas horas duerme á tu lado tu compañera. ¡Ah, cuánto mejor es tu suerte que la mia! Así pasasen á ese precio á mis manos tus duras cadenas. La noche avanza, descorre los cerrojos.

¿Me engaño? ¿no ha crujido la puerta sobre sus goznes, como en señal de que está franca la entrada? Me he engañado; el impetuoso viento habrá impulsado las puertas. ¡Ay de mí! ¡cuán lejos el viento se ha llevado mi esperanza! Por poco que te acuerdes, Bóreas, del rapto de Oritia, llega aquí y con tu violencia derriba estas puertas, sordas á mi ruego. Todo calla en la ciudad, y humedecida con trasparente rocío avanza la noche: descorre los cerrojos, ó yo mismo, más activo que tú, fuerzo á hierro y á fuego, la puerta que se me niega.

La noche, el Amor y el vino nada moderado me aconsejan. La noche no conoce el pudor, el Amor y el vino no conocen el miedo. Todo lo he probado; pero ni con súplicas, ni con amenazas te he podido mover, ¡oh portero más sordo que tu misma puerta! Tú no sirves para guardar la casa de una hermosa jóven; eres más digno de estar

guardando un calabozo. Ya el lucero de la mañana aparece en el horizonte y el gallo llama á los pobres al trabajo. Pero tú, corona arrancada á mi triste frente, queda por el resto de la noche sobre los duros umbrales; serás testimonio ante su señora, cuando mañana te vea por tierra, del tiempo tan lastimosamente perdido. «Adios;» á pesar de todo, «¡Adios!» Ojalá experimentes lo que siente su amante despedido. Y vosotras tambien, crueles puertas con inalterables goznes, «Adios;» y tú tambien, umbral cruel como tu guardian, «¡Adios!»

ELEGIA SÉPTIMA.

ARGUMENTO.

Contra sí mismo, por haberle pegado á su querida.

Ata mis manos, merecedoras de cadenas, ahora que ha pasado la furia, si te *muestras* amigo mio. El furor fué causa de que levantase contra mi señora mis temerarios brazos, y llora herida por mi mano. Era yo capaz entónces de maltratar

á mis caros padres y de golpear á los santos dioses.

¡Mas qué! ¿Ayax, dueño de un impenetrable escudo, no degolló rebaños á través de los campos? El desgraciado Orestes, que no pudo vengar á su padre sino con la sangre de su propia madre, ¿no armó sus manos contra las misteriosas deidades? Yo, pues, he podido maltratar su peinado! Ni el desarreglo de sus cabellos la ha desfigurado, sino que aun así estaba hermosa. De tal modo la Scheneida, dicen que con el arco perseguia las fieras Menalias. De tal modo lloraba la hija del rey de Creta viendo á los raudos vientos llevarse á la vez las promesas y los bajeles del perjuro Theseo; de tal modo, sin la venda que ceñia sus cabellos, se tendió Calandra sobre el pavimento, casta Minerva, de tu templo.

¿Quién no me hubiese tratado de demente? ¿quién no me hubiese llamado bárbaro? Ella nada dijo, paralizada su lengua por el pavoroso temor. Pero sin palabras, su rostro expresaba sus reproches, y, callando su boca, me acusaba con sus lágrimas como reo. Hubiera yo querido que mis brazos se hubieran desprendido de mis hombros. Mejor me

hubiera sido carecer de alguna parte de mi cuerpo. Contra mí mismo se volvieron mis fuerzas y mi delirio, y fuí vigoroso para mi suplicio. ¿Qué tengo que ver con vosotros, ministros del asesinato y del crímen? Sufrid, manos sacrílegas, las merecidas cadenas. Si hubiese herido al último de los romanos, seria castigado; ¿tengo mayor derecho contra mi señora? El hijo de Tideo (1) ha dejado un afrentoso monumento de su maldad; fué el primero que pegó á una Diosa; yo he hecho otro tanto, pero aun fué él menos culpable, pues yo he maltratado á la que decia amarme y aquel fué cruel con su enemiga.

Ve ahora, vencedor, á gozar de tu triunfo; ¡ciñe tu frente con el laurel de la victoria, cumple tus votos á Júpiter! Y la turba que seguirá tu carro, clame «Vítor al valiente vencedor de una niña!» Vaya delante tu pobre víctima, suelto el cabello, y blanca desde los piés á la cabeza, á no ser por las lesiones de sus mejillas.

Más á propósito era su boca para marcarla con mis lábios y su cuello para tener la señal de un dien-

---

(1) Diómedes.

te acariciador. En fin, si yo me desencadenaba como un torrente impetuoso y estaba ciego de coraje, ¿no era bastante dar gritos á una tímida niña, sin amedrentarla con demasiado fuertes amenazas ó despojarla torpemente de su vestido hasta la cintura? Al menos hubiese osado no más contra la mitad de su cuerpo; pero despues le he arañado las mejillas, agarrándola por los cabellos.

Quedó ella sin sentido con el rostro descolorido y blanco como el mármol de Páros. He visto sus nervios inanimados y sus miembros temblando como la hoja del álamo agitada por el viento, como la débil caña mecida por el blando céfiro, como la onda rizada por el Noto. Sus lágrimas, retenidas por mucho tiempo, corrieron sobre sus mejillas, como fluye el agua de la nieve que se deshiela. Entónces comencé á reconocerme culpable: las lágrimas que ella derramaba, eran mi propia sangre. Tres veces quise arrojarme suplicante á sus piés, y tres veces rechazó mis temidas manos.

No lo dudes, la venganza disminuirá tu dolor: araña mi rostro con tus uñas, no perdones mis cabellos. La ira ayude tus débiles manos, ó por lo

ménos, para borrar las tristes señales de mi crímen arregla y peina tus cabellos.

ELEGIA OCTAVA.

ARGUMENTO.

Contra una alcahueta que intentaba enseñar á la querida del poeta las artes de la prostitucion.

Oiga, quien quiera conocer una alcahueta: hay cierta vieja Dipsas; su nombre lo toma de su oficio (1); jamás vió en ayunas á la madre del negro Memnon (2), en su carro de púrpura. Conoce las artes mágicas y los versos de encantamientos, y con su poder hace volver hácia su orígen las rápidas aguas. Conoce bien la virtud de las yerbas, la del lino arrollado sobre el torno cabalístico y la del hipomanes. Cuando ella quiere, se llena el cielo de nubes; cuando ella quiere, brilla la luz del dia en el puro firmamento. Yo he visto, ¿lo creereis? las es-

(1) Viene del griego y significa *tener sed.*
(2) La Aurora.

trellas destilando sangre, y la faz de la luna estaba tambien ensangrentada.

Sospecho que suele volar viva entre las sombras de la noche y cubrir con plumas su viejo cuerpo. Lo sospecho y así es fama: en sus ojos brilla una doble pupila de donde nace la luz más viva. Evoca á los antepasados, que yacen en los sepulcros, y al són de su plañidero canto, se abre el duro suelo. Se complace en profanar el casto tálamo, y no carece de elocuencia su corruptora lengua. La casualidad me hizo testigo de su enseñanza, á favor de una doble puerta que me ocultaba, mientras decia así: ¿Sabes, luz de mis ojos, que prendaste ayer á un rico jóven? Te vió y no cesó de fijar sus ojos en tu rostro. ¿Y á quién no has de gustar? No cedes en belleza á ninguna otra. Pero ¡ay de mí! faltan galas dignas de tan bellas formas. Quisiera yo que fueses tan rica como hermosísima eres! No seré pobre cuando seas rica. Has tenido que sufrir la adversa estrella de Marte, pero Marte ha cesado y ahora Vénus te es favorable. Mira cómo te es propicia su llegada: un rico amante te quiere y desea saber qué es lo que te haga falta. Su cara no desdice de la

tuya, y si no te quisiera comprar los suyos, habrias tú de comprarle tus encantos.»

La jóven se sonrojó. «El pudor, continuó la vieja, sienta bien á las blancas mejillas; si lo finges, aprovecha; pero cuando tengas tus ojos con arte inclinados sobre tu seno, no mires á nadie sino á proporcion de lo que te ofrezca. Quizá, bajo el reinado de Tacio, las rudas Sabinas no hubiesen querido entregarse á muchos hombres. Ahora escita Marte los ánimos contra las armas extranjeras, y Vénus reina en la ciudad de su querido Eneas. Divertíos, hermosas jóvenes, solo es casta aquella á quien nadie solicita, y aun si su rusticidad no lo impide, ella misma busca. Desarruga el entrecejo; ¡cuántos crímenes se ocultan á menudo debajo de una arruga! Penélope probaba las fuerzas de los jóvenes con un arco, y para el que quiera saber más este arco era de cuerno. El tiempo vuela sin sentir y engaña la voluble edad, como se desliza el agua del rio, renovada incesantemente. El acero brilla con el uso: un buen trage quiere ser llevado. Los palacios deshabitados se arruinan bajo la yerba. La belleza, si nadie la regocija, envejece. Y no son bastantes uno ó dos amantes; cuantos más, es

más seguro y fácil el provecho! Los lobos viejos buscan su presa en un rebaño entero. Dime, ¿qué te dá ese tu poeta, fuera de nuevos versos? De tu amante muchos miles lees. El mismo dios de los poetas, cubierto con un manto recamado de oro, pulsa las cuerdas de una dorada lira. Quien te dé oro sea á tus ojos más grande que el grande Homero. Créeme, el dar es cosa ingeniosa. Ni desdeñes al redimido por merced; pues el tener el pié marcado con la señal de la esclavitud, no es un crímen; pero tampoco te dejes engatusar por rancios títulos de nobleza. Váyase con sus abuelos el amante pobre. ¿Qué? porque sea guapo, ¿querrá el otro pasar una noche sin pagar? Que busque antes el oro de su amigo.

No seas demasiado exijente mientras tiendes las redes, por miedo de que te se escape la presa: una vez apresados, remátalos á tu antojo. Ningun efecto hace un amor fingido, deja creer que tu amante es amado, pero cuida de que este amor no sea cierto. Rehusa muchas veces pasar la noche juntos, finge para ello un dolor de cabeza ó la abstinencia que requieren los dias consagrados á Isis; pero recíbele á menudo para que no se habitúe á la priva-

cion, ó que no se enfrie el amor frecuentemente rechazado. Sean tus puertas sordas al que ruega y blandas al que dá; oiga el amante recibido las palabras del desdeñado. Y no dejes nunca en cualquier desavenencia de quejarte como primeramente ofendida. Desvanece tus culpas con tus inculpaciones; pero no te abandones demasiado tiempo á la cólera: una cólera prolongada ha engendrado á menudo el odio.—Aprendan tambien tus ojos á derramar lágrimas forzadas, y á humedecer tus mejillas—y con tal de engañar á alguno, no temas ser perjura: Vénus hace que los Dioses sean sordos á las lágrimas de los ilusos. Toma á tu servicio un siervo y una criada hábiles que sepan indicar lo que se haya de comprar para tí, y para sí pidan cortos regalos. Si entre muchos, piden un poco á cada uno, de muchas migajas se hará grande monton. Y tu hermana y tu madre y tu ama de leche, hagan contribuir á tu amante. Pronto se hace buen botin cuando muchas manos ayudan á ello. Cuando te falte un pretesto, celebra tu cumpleaños.

Cuida sobre todo de no dejar creer á tu amante que está seguro sin rival; sin la rivalidad, poco dura el amor. Vea sobre tu lecho indicios de otro

poseedor de tu belleza, y marcado tu cuello con lascivas señales, y vea principalmente los regalos que otro te hubiese enviado. Si nada te lleva, háblale de las novedades que se venden en la Via sacra. Cuando le hayas sacado bastante, para que no todo sea dar, pídele prestado lo que nunca le habrás de volver. Ayude tu lengua á lo que se proponga tu mente; halágale para mejor perderle; el mortífero veneno se encubre con dulce miel. Si sigues mis lecciones, fruto de una larga experiencia, y no dejas que mis palabras se las lleve el viento, llegará dia en que me dirás «vive desahogadamente.» ¡Cuántas veces despues que yo muera pedirás al cielo que descansen en paz mis huesos!»

Así decia, cuando me delató mi sombra. No sé cómo pude contener mis manos para no arrancarle su blanco y escaso pelo, sus ojos llorosos de vino, y sus rugosas mejillas. ¡Sin casa ni hogar, exclamé, dente los Dioses una miserable vejez, largos inviernos y perpétua sed!

ELEGIA NOVENA.

ARGUMENTO.

Gracioso paralelo entre la guerra y el amor.

Todo amante es soldado, y Cupido tiene su campo: sí, Atico, créeme, todo amante es soldado.

La edad que conviene para la guerra es la propia para Vénus. ¡Malhaya un soldado viejo! ¡Malhaya un amante anciano! La edad que quiere un general en un bravo soldado, es la que pide una jóven beldad en el poseedor de sus encantos. Uno y otro vigilan; ambos duermen en tierra; ambos hacen centinela: el uno á la puerta de casa su querida, el otro en la de su general.

¡Cuánto camino tiene que hacer el soldado! El amante, cuando su querida está desterrada, la seguirá intrépido hasta el fin del mundo. Atravesará las montañas más altas y los rios más engruesados por las tempestades; cruzará las amontonadas nieves. ¿Conviene pasar los mares? No pretestará los vientos desencadenados; no buscará el

tiempo propicio para la navegacion. ¿Qué otro que un soldado ó un amante despreciará la frescura de las noches y los torrentes de lluvia mezclados de nieve? El uno es enviado delante del enemigo como explorador; el otro tiene los ojos fijos en su rival, como en un enemigo. Aquel sitia las ciudades amenazadoras, este la casa de su inflexible dama: más ó menos grandes, ambos baten las puertas para irse á fondo.

Se fué frecuentemente vencedor, por haber podido sorprender á un enemigo sumerjido en el sueño, y matar, espada en mano, á un ejército sin defensa. Así fueron degollados los bravos batallones del tracio Reso, quien se vió robar sus famosísimos caballos. Tambien con frecuencia los amantes saben aprovecharse del sueño de los maridos, y volver sus armas contra el enemigo. El cuidado de escapar á la vigilancia de los guardas y de los centinelas tiene siempre en suspenso al soldado y al amante.

Marte es dudoso y Vénus nada tiene de asegurada: los vencidos se reaniman, y los que os parecen no poder ser derrotados, caen á su vez. Que se deje, pues, de llamar al amor la desi-

dia: es menester un alma á toda prueba para amar.

Aquiles arde por Brisada, arrebatada á su amor: mientras que su dolor os lo permita, Troyanos, quebrantad las fuerzas de la Grecia. De los abrazos de Andrómaca, Héctor corria á las armas: su esposa le cubria la cabeza con su casco. El primero de los jefes de la Grecia, el hijo de Atrea, á la vista de la hija de Priamo con los cabellos esparcidos á la manera de las bacantes, quedó, se dice, suspenso de admiracion. Pero él mismo fué preso en el lazo que habia forjado Vulcano: ninguna historia hizo tanto ruido en el cielo. Yo mismo estaba sosegado y nacido para no hacer nada: el lecho y el descanso habian ablandado mi alma. El cuidado de una jóven belleza puso término á mi apatía: ella me mandó hacer mis primeras armas á su servicio. Desde entonces, me veiais ágil y siempre ocupado en alguna expedicion nocturna. ¿Quereis no ser cobardes? Amad.

ELEGÍA DÉCIMA.

ARGUMENTO.

A una jóven para apartarla de la prostitucion.

Como la princesa, que arrebatada en las orillas del Eurolas sobre los bajeles frigios, fué para sus dos esposos la causa de una tan larga guerra; y la bella Leda, que el diestro Júpiter, oculto bajo la engañosa apariencia de un cisne de blancas plumas, sedujo con menosprecio de himeneo; y Anémona corriendo con una urna sobre la cabeza, los campos estériles de la Argólida: tal eras tú á mis ojos. Temia para tí la metamórfosis del águila y del toro, y todas las astucias que sugiere el Amor al poder de Júpiter. Hoy dia, no temo nada; estoy fuera de mi error, y tu belleza no anubla mis ojos. ¿De qué proviene, pues, este cámbio? me preguntas. Consiste en que tú la pones á precio: y vé ahí lo que hace que tú no sabrias gustarme. Cuanto más sencilla y sin arte fueras, tanto más amaria tu alma y tu cuerpo: hoy dia, la enfermedad de tu

alma ha despojado tu cuerpo de todos sus encantos. El Amor es á la vez niño y desnudo. Si su edad es tan tierna, si no lleva ningun vestido, es por mostrarse en toda su sinceridad. ¿Para qué querer que el hijo de Vénus nos haga pagar sus favores? No tiene ropa donde pueda guardar su precio. Ni Vénus, ni su hijo, son propios al duro manejo de las armas. ¿Conviene que los Dioses que no son hechos para la guerra reciban un sueldo?

Una prostituta se vende, á tal precio, al primero que llega: entregando su cuerpo, es como adquiere miserables riquezas. Aun maldice la tiranía de su avaro corruptor, y lo que haceis de buen grado, ella no lo hace más que con desagrado.

Tomad por modelos los animales desprovistos de razon: os abochornareis al ver que las bestias son más tratables que vosotras. La yegua nada exige al garañon, ni la vaquilla al toro; el carnero no tiene que pagar á la oveja que le gusta. Solo la mujer quiere engalanarse con los despojos del hombre; solo ella pone sus noches á precio, solo ella se dá en locacion. Vende un placer hecho para dos, un placer que ambos han buscado; y su tarifa está establecida por ella en razon de su goce.

Cuando el amor debe tener el mismo hechizo para ambos, ¿qué razon para comprarlo el uno, para venderlo el otro? ¿Por qué perderé yo mientras que vos ganais, en un juego en que el hombre y la mujer van asociados?

Los testigos no pueden, sin cometer un crímen, perjurarse por el dinero; sin cometer un crímen, el juez no puede tender la mano á la seduccion. Es una vergüenza para un abogado el vender sus palabras á un pobre; es una vergüenza para un tribunal el enriquecerse vendiendo la justicia; así como es una vergüenza para la mujer aumentar su patrimonio con las rentas de su cama, y prostituir sus gracias al que más ofrece. Se debe reconocimiento por un favor gratuito, nunca por la odiosa locacion de una cama. Una vez recibido el precio de vuestra mercancía, todo acabó, y el arrendatario no está obligado á más.

Guardaos, bellas, de poner á precio el favor de una noche: una ganancia mal adquirida nunca aprovecha. ¿Qué valieron los brazaletes de los Sabinos á la jóven vestal que pereció aplastada bajo el peso de sus armas? Un hijo traspasó con su espada el

vientre de que nació: un collar fué la causa de su crímen.

No quiere decir esto que sea excusado exijir de un rico algunos presentes; tiene que satisfacer vuestras exijencias: rebuscad los racimos en las viñas ricas de uvas; cojed los frutos en los fecundos vergeles de Alcino. En cuanto al pobre, tomad en cuenta sus buenos oficios, sus cuidados, su fidelidad. Lo que se tiene, es todo lo que se puede dar al dueño. Mi riqueza, consiste en ilustrar con mis versos á las bellas que se hacen dignas. Aquello que me place llega á ser célebre, en gracia á mi arte. Se verá gastarse los vestidos, y desgastarse el oro y las piedras preciosas; pero la gloria que darán mis versos durará eternamente. Lo que me indigna y me subleva, no es el dar, es vér que se pide un salario. Lo que rehuso á tus solicitaciones, deja de quererlo, y lo tendrás.

ELEGÍA ONCENA.

ARGUMENTO.

Suplica á Nape lleve un billete amoroso á Corina.

Oh tú, tan hábil para reunir y disponer con arte los cabellos de tu dama, y que no te se debe colocar en la clase de los simples sirvientes, Nape, tú que, no menos hábil en concertar citas nocturnas que en llevar billetes amorosos, has decidido más de una vez á la indecisa Corina á venirme á encontrar! Oh tú, cuya fidelidad frecuentemente me ha sacado de embarazos; toma estas tablillas y entrégalas, esta mañana misma, á tu señora; que tu solicitud allane todos los obstáculos. Tú no tienes en el corazon la dureza del diamante, la inflexibilidad del hierro, y tu simplicidad no es más grande de lo que conviene: tú, además, verosímilmente, has sentido los dardos de Cupido; defiende, pues, para mí la bandera bajo la cual marchamos ambos. Si ella te pregunta cómo estoy, dile que la esperanza de obtener una noche me hace vivir; en

cuanto á lo demás, mi amorosa mano lo ha confiado á esta cera.

Mientras hablo, el tiempo vuela. Ve, escoje el momento en que estará sola para entregarle estas tablillas, pero haz de modo que las lea en seguida. Observa sus ojos y su frente mientras lea: su mirada muda puede enseñarte mi destino. Así que haya acabado, pídele una larga respuesta; nada me hace tanto daño como ver un grande espacio de cera sin llenar. Que estreche sus líneas; que mis ojos estén fijos por largo tiempo en su letra; que llene hasta las extremidades del márgen. ¿Pero qué necesidad tengo de que se fatigue en manejar el estilo? Que en la tableta se lea únicamente esta palabra «*Ven*,» y habré así cubierto de lauro mis tablillas victoriosas, y bien pronto las habré suspendido en el templo de Vénus con esta inscripcion: «A Vénus os consagra Ovidio, fieles instrumentos de su amor, vosotras que ahora mismo no érais más que un vil fragmento de árbol.»

ELEGIA DUODECIMA.

ARGUMENTO.

Maldice las tabletas portadoras de la respuesta negativa de su dama.

Llorad mi infortunio: mis tabletas han llegado, pero no contienen mas que esta tan triste palabra: *Imposible*! Los presagios son algo efectivamente: al salir Nape ha tropezado con el pié en el umbral de la puerta. De hoy en adelante, cuando te se envíe á alguna parte, procura salir con más precaucion; y despues de parada, marchar con el pié levantado. Lejos de mí, siniestras tabletas, madera lúgubre, y tú, cera maldita, que no me traes mas que una negativa! Extracto de la flor de la larga cicuta, tú no puedes ser mas que el resíduo de la miel impura de una abeja Córsica.

Parecias deber tu brillo únicamente al bermellon y era la sangre á lo que debias tu color. Id á embarazar las encrucijadas, tabletas inútiles: que la rueda parada del primer trajinero os haga astillas. No, aquel que os desgajó del árbol, para puliros, no tenia las manos puras. Ese árbol mismo

debió servir únicamente para colgar á algun infeliz, para suministrar al verdugo infames cruces; para dar lúgubre sombra al buho graznador, y para sostener sobre sus ramas los huevos del buitre y del osifraga. Y á esta madera he tenido la locura de confiar los secretos de mi amor! á ella he encargado llevar á mi dueña las palabras más tiernas! A esa cera convenia mucho mejor la insípida asignacion que despacha el juez en tono feroz; era mucho más propia para servir de diario al avaro, quien no habria consignado mas que llorando los gastos hechos con pena. Tabletas engañosas, no sin razon se os llama dobles; tampoco este número era de buen agüero. ¿Qué puedo desear para vosotras en mi cólera? Que el tiempo os inme y os roa, y que la cera que os cubre se enmohezca y sea manchada por un robin inmundo.

ELEGÍA DÉCIMO TERCIA.

ARGUMENTO.

A la Aurora, para que no acelere demasiado su marcha.

Ya aparece sobre el Océano, al salir de los brazos de su anciano marido, la blonda diosa, cuyo

carro resplandeciente conduce el dia. ¿A dónde corres, bella Aurora? detente; y que á este precio un combate solemne sea, cada año, ofrecido por las aves á los manes de Memnon. Vé ahí el momento en que deseo quedar en los brazos cariñosos de mi dueña; vé ahí el momento, mejor que nunca, de estrechar amorosamente su cuerpo contra el mio; vé ahí el momento en que el sueño es dulce y el aire fresco, en que la garganta flexible de las aves, deja oir sonidos melodiosos. ¿A dónde vas contra los votos de los amantes, contra los votos de las bellas? Acorta con tu radiosa mano, las riendas húmedas de tus corceles.

Antes de que asomes, el piloto observa mejor los astros y no vaga á la aventura en medio de los mares. Cuando apareces, por fatigado que esté, el viajero se levanta, y el soldado empuña sus armas belicosas. Eres la primera en ver al trabajador cargado de la azada; la primera en llamar bajo su yugo al pesado buey. Tú arrancas á los niños al sueño, y los entregas al pedagogo, para que sus delicadas manos se ofrezcan á la cruel férula. Tú tambien traes la caucion delante el tribunal, donde va á pesar sobre ella la responsabilidad de una

sola palabra. Tan importuno para el abogado como para el juez, les obligas cada dia á levantarse para nuevos procesos. Eres tú aun quien, cuando las mujeres podrian saborear las dulzuras del descanso, las llamas á hilar la lana con sus manos laboriosas.

Pasaria por alto lo demás; pero ¿quién sino el que no tenga ninguna, sufrirá que las bellas se levanten tan de mañana? ¡Cuántas veces he deseado que la noche no quisiera hacerte lugar, y que los astros fugitivos no se cubriesen delante de tí! ¡cuántas veces he deseado que el viento volcara tu carro, ó que uno de tus caballos cayera atascado en la espesura de una nube! ¡Cruel! ¿A dónde corres? Si has tenido un hijo cuya piel era negra, debió este color al del corazon de su madre.

Qué! si se hubiese abrasado menos de amor por Céfalo, ¿crée que su culpable pasion nos seria desconocida? Yo quisiera que Tithon pudiese libremente hablar de tí: jamás nadie hubiera oido en los cielos la historia de tan vergonzosos amores. Tú huyes de tu viejo esposo, porque la edad le ha helado, y te apresuras á montar sobre un carro que él detesta. Pero si tú tuvieras amorosamente en tus

brazos algun Céfalo, se te oiria gritar: caminad lentamente, corceles de la noche.

¿Si tu esposo siente el frio de su perdurable edad, debo yo pagarlo? ¿Soy yo quien te ha unido á un viejo? Vé cuántas horas de sueño la Luna otorga á su jóven amante; y su belleza no es menor á la tuya. El padre mismo de los dioses, para no verte con tanta frecuencia, de dos noches no hace mas que una, á fin de dar un más libre campo al amor.

Habia terminado estos reproches, y, como si ella me hubiese oido, su frente se enrojecia, sin que no obstante el dia apareciera más tarde que de costumbre.

ELEGIA DECIMACUARTA.

ARGUMENTO.

A una muchacha vuelta calva de repente.

Bien te lo decia yo: «Deja de teñir tus cabellos.» Hoy dia no tienes cabellera que teñir. No obstante, si tú lo hubieras querido, ¡qué habia más hermoso que tus cabellos! Descendian hasta tus rodillas. Tal

era su finura que temias peinarles. No era más fino el tejido de que se cubren los Tártaros de atezado color; no es más fino el hilo que, con su delicado pié, desarrolla la araña, suspendida en la viga solitaria, para tramar allí su desliada tela. Sin embargo, su color no era el del ébano, no era tampoco el del oro: era una mezcla de ambos. Tal es, en los delicados valles del monte Ida, el color del alto cedro despojado de su corteza.

Tal era tambien su flexibilidad, que se prestaban á mil colocaciones, sin causarte jamás el menor dolor. Jamás la punta de la aguja, jamás el diente del peine los partió, jamás tu peinadora tuvo nada que temer. Muchas veces he asistido á su tocador, y jamás tomó la *aguja para pincharle los brazos.* Más de una vez tambien, por la mañana, con sus cabellos aun desordenados, quedó hasta medio dia acostada en su cama de púrpura, y su descuido no carecia de gracia: se la hubiese tomado entónces por una bacante de la Tracia, muellemente recostada sobre el verde césped para reparar sus fatigas.

Aunque sus cabellos fueran tan flexibles como el vello, cuántas veces, ay! fueran puestos en tortura! cuántas veces sufrieron pacientemente el hier-

ro y el fuego, para sujetarse en torneadas trenzas! «Un crímen es, exclamaba yo, sí, es un crímen quemar estos cabellos: ellos mismos se arreglan con gracia: cruel, conserva tu cabeza! Lejos de tí esa violencia: no son cabellos para quemar: muestran ellos mismos su sitio á la aguja.»

Ya no existe aquella bella cabellera de que Apolo y Baco hubieran estado celosos, aquella cabellera comparable á la que Dione, saliendo desnuda de la espuma de las olas, sostenia con sus húmedas manos.

¿Por qué, si no te gustaban, deplorar la pérdida de tus cabellos? Insensata, ¿por qué con mano enojada rechazas el espejo? tus ojos no se fijan en él tan á gusto como otras veces: para gustar aun, tienes necesidad de olvidar lo que eras.

Su caida no es debida á las yerbas encantadas de una enemiga, ni al agua sacada de las fuentes de Hemonia por un pérfido hechicero. No es efecto tampoco de una enfermedad grave (de que el cielo te preserve), ni de los celos de una rival, envidiosa de su hermosura. No, la falta está en tí; á tu propia mano debes la pérdida que te desola, tú misma derramabas el veneno sobre tu cabeza.

Entretanto la Germanía te enviará cabellos de esclavos: una nacion vencida se encargará de tu compostura. ¡Cuántas veces, cuando oirás alabar la belleza de tus cabellos, te dirás abochornada: «Hoy dia es un adorno comprado que me hace parecer bella; no sé que Sicambro se admira en mí. Y sin embargo, recuerdo hubo un tiempo en que estos homenajes no se dirigian mas que á mí misma!»

¡Infeliz! ¿qué he dicho? Apenas puede contener sus lágrimas; con sus manos oculta su frente, y el rubor ha pintado sus mejillas hechiceras. Tiene el valor de contemplar sobre sus rodillas los cabellos que no eran hechos para hallarse en este puesto. Calma la perturbacion de tu corazon y de tu mirada: el mal no es irreparable: presto embellecerás aun, con tu primera cabellera.

ELEGIA DECIMAQUINTA.

ARGUMENTO.

Contra los adversarios de la poesía.

¿Por qué me acusas, maldiciente Envidia, de consumir mis años sin hacer nada? ¿por qué llamas á mis versos la obra de un perezoso? ¿por qué reprocharme de no seguir las huellas de nuestros antepasados, de no aprovechar las fuerzas de mi edad para cojer los laureles empolvados del dios de la guerra; de no estudiar la prosa de nuestras leyes, de no prostituir mi palabra en las luchas fastidiosas del foro? Estas obras que alabas, son perecederas; aspiro á una gloria inmortal, á fin de ser celebrado siempre y en todos lugares.

El cantor de Meonia vivirá mientras subsistan Tenedos é Ida, mientras lleve el Simois al mar sus veloces aguas. Vivirá tambien el poeta de Ascra, mientras la uva granará en la viña, mientras los dones de Céres caerán bajo el cortante de la hoz. Siempre hablará el mundo entero del hijo de Batto,

aunque en este poeta el arte domine al génio. El coturno de Sófocles no se usará, pero vivirá Arato tanto como el sol y la luna. Tanto como la falacia caracterizará al esclavo; tanto como el padre será severo, la alcahueta pérfida, la cortesana cariñosa, vivirá Menandro. Ennio, que no conoció el arte; Accio, cuyos acentos eran tan varoniles, tienen un nombre que el tiempo no destruirá. ¿Qué siglo no conocerá á Varron, y el primer marinero, y el Vellocino de oro conquistado por un jefe ausonio? Los versos del sublime Lucrecio, no perecerán, sino el dia en que el mundo perezca. Tityro y los segadores, Eneas y sus combates serán leidos, en tanto que Roma sea la reina del mundo que ha conquistado. Mientras el arco y el fuego sean las armas del Amor, se aprenderán tus cantos melodiosos, elegante Tibulo. Galo será conocido por los pueblos de Occidente; Galo será conocido por los pueblos de Oriente; en todas partes, con Galo, será conocida su querida Lycoris.

Así, aunque el tiempo mine los peñascos, aunque destroce el diente de la dura esteva, los versos escapan á la muerte. El cetro con sus conquistas, cedan, pues, el paso á la poesía! ¡Cédanse-

lo tambien, las riberas afortunadas del Tajo, que arrastra el oro con sus aguas!

En buen hora que el vulgo se entusiasme por cosas de poco más ó menos: yo lo que pido es que Apolo me vacie á copa llena el agua de Castalia; que el mirto que teme el frio orne mi cabeza, y que mis versos no dejen de ser leidos por el agitado amante. Viviendo, se sirve de pasto á la Envidia; muerto, se disfruta del reposo á la sombra de la gloria que se ha merecido. Cuando la pira fúnebre me habrá consumido, viviré, y la mejor parte de mí mismo habrá triunfado de la muerte.



LIBRO SEGUNDO.

ELEGIA PRIMERA.

ARGUMENTO.

Por qué en lugar de la Gigantomaquia que tenia comenzada, canta sus Amores.

Vé ahí aun una obra de Ovidio, nacido en la húmeda comarca de los Sabinos, de Ovidio, el cantor de sus propios devaneos. El Amor es aun quien lo ha querido. Lejos de aquí, sí, lejos de aquí bellezas demasiado severas! no sois el auditorio que necesita para sus tiernos acentos. No quiero para lectores más que á la vírgen que se inflama á la vista de su prometido, y el novicio adolescente tocado del primer amor. Quiero que el jóven Romano, herido por el mismo arco que yo,

reconozca en mis versos la imágen del fuego que le quema, y que despues de un largo aturdimiento exclame: «¿Cómo, pues, este poeta ha sabido el secreto de mis amores?»

Yo habia osado, me acuerdo, celebrar las guerras de los cielos y el jigante de cien manos; y no es la fuerza lo que me hubiera faltado. Iba á borrar la funesta venganza de la Tierra, y la caida del Pelion rodando con la Ossa desde lo alto del Olimpo donde estaban amontonados. Yo tenia en mis manos las nubes, Júpiter y su rayo, con el cual no hubiese dejado de defender su imperio. Mi dueño me cerró su puerta: inmediatamente dejé allí á Júpiter con su rayo; sí, el mismo Júpiter salió de mi espíritu. Perdon, Júpiter! para nada me sirven tus flechas; esta puerta cerrada podia más sobre mí, que tu rayo. Vuelvo á mis burlas, á mis lijeras elegías; estas son mis únicas armas: 'la dulzura de mis cantos ablandó bien pronto la dureza de las puertas.

Los versos hacen descender hácia nosotros el disco ensangrentado de la Luna: ellos páran, en medio de su curso, los blancos corceles del Sol. Los versos arrancan á la serpiente su dardo em-

ponzoñado; hacen remontar las aguas hácia su orígen. Los versos han hecho caer puertas; han forzado la cerradura, por bien clavada que estuviese sobre un grueso roble. ¿Qué hubiese yo ganado en cantar al impetuoso Aquiles? ¿Qué hubieran hecho por mí los dos hijos de Atrida, y este rey quien la guerra ocupó diez años, y que diez años vagó en la ventura, y ese Héctor, inhumanamente arrastrado por los corceles de un príncipe de Hemonia? Pero yo he cantado apenas la belleza de una tierna jóven cuando ella misma viene al encuentro del poeta para sus versos. Es una gran recompensa. Adios, pues, héroes de nombres ilustres! vuestros favores no son los que yo ambiciono. Hermosas niñas, fijad, echad una dulce mirada sobre los versos que me dicta el purpúreo Amor.

ELEGIA SEGUNDA.

ARGUMENTO.

Al eunuco Bagoas, para que le procure fácil acceso junto á la belleza confiada á su guarda.

Oh tú, á quien está confiado el cuidado de guardar á tu señora, escucha, Bagoas, no tengo más que dos palabras que decirte, pero estas dos palabras son importantes. Ayer la ví pasear bajo el pórtico de las hijas de Dánae. Luego, prendado de sus gracias, le dirigí por escrito una súplica. A su vez, ella me escribió con mano trémula: *Imposible.* ¿Y por qué, *imposible*? le pregunté. Ella me respondió que tu vigilancia era muy severa.

Si quieres ser cuerdo créeme, guardian importuno, deja de merecer el odio; hacerse temer, es hacerse desear la muerte. Su marido mismo es un loco: ¿por qué tanto atormentar en defender un bien que, para quedar intacto, no necesita vigilancia? Le es permitido, sin duda, dejarse llevar furioso por los transportes de su amor; le es permitido creer casta á una mujer que gusta á todo el

jantes acusaciones; puede oirlas, pero nunca con placer. Si es indiferente, su indiferencia hace inútil vuestra delacion; si ama, os debe su infelicidad. Por otra parte, por evidente que sea la falta de una mujer, no es fácil de probar: tiene en su pro la indulgencia de su juez. Aunque él mismo lo hubiese visto todo, admitirá la negativa, acusará á sus propios ojos, se atormentará á sí mismo. Cuando vea á su mujer llorar, llorará con ella, diciendo: «Este maldito hablador me lo pagará caro!» Es desigual la lucha en que te empeñas! Vencido, pasas por azotes, mientras que la bella reposa sobre las rodillas de su juez.

No queremos un crímen: no deseamos vernos para componer bebidas emponzoñadas: en nuestras manos no brilla una espada amenazadora. Lo que pedimos es que por tu mediacion nos podamos amar sin peligro.

¿Hay ruego más inocente?

ELEGIA TERCERA.

ARGUMENTO.

Al mismo, que se mostraba inflexible.

¡Ay de mí! pues guardas mi señora, tú que no eres ni hombre, ni mujer, tú que no puedes conocer los placeres que saborean juntamente dos amantes! El que primero mutiló vergonzosamente la infancia, merecia sufrir á su vez el mismo suplicio. Serias más complaciente, más sensible á mis ruegos, si hubieras amado á alguna mujer. No estás hecho para montar á caballo, para llevar las pesadas armas, para cargar tu mano con la belicosa lanza. Es menester ser hombre para esto; tú, renuncia á todo acto viril. No sigo otras banderas que las de tu señora. A ella es á quien debes servir; aprovecha sus buenas gracias. Si tú la pierdes, ¿para qué servirias? Su figura, su edad, invitan al placer: su belleza no debe marchitarse y perecer en perezoso abandono. Por severo que parezcas, ella no necesita mucho para engañarte. Lo que han resuelto dos amantes, ja-

más deja de tener efecto: pero como es más fácil valerse de los ruegos, te dirigimos los nuestros, mientras aun tienes tiempo de complacernos.

ELEGIA CUARTA.

ARGUMENTO.

Su inclinacion al amor; por qué todas las bellas, sin distincion, le agradan.

No pretendo justificar el relajamiento de mis costumbres, ni recurrir jamás á pretextos engañosos para excusar mis desvaríos. Confieso mis faltas por si tal declaracion puede ser útil para algo. Ahora que me reconozco culpable, quiero revelar todas mis locuras. Reniego de mis errores, y no puedo dejar de complacerme en los errores que maldigo. Oh! Cuán pesado es de llevar el yugo que se querria sacudir! Yo no tengo ni la fuerza ni el poder de domar mis pasiones: ellas me atraen, como las rápidas olas llevan la lijera barca.

No es tal ó cual belleza la que me inflama: cien motivos me obligan á amar siempre. Si alguna

tiene sus ojos modestamente inclinados, mi corazon se enciende, y su pudor es el cepo en que caigo. Si es incitativa, me dejo apresar porque no es novicia, y porque promete ser viva y eficaz sobre un mullido lecho. Si veo una cuyo aire arisco recuerda la severidad de las Sabinas, me figuro que tiene deseos, pero que sabe disimularlos. ¿Eres sábia? me gustas por tus raros talentos: ¿eres ignorante? me gusta tu simplicidad. Esta halla los versos de Calímaco sin gracia en comparacion á los mios; lo agradezco y me gusta al momento: aquella criticando mis versos, me disputa el título de poeta; á pesar de sus críticas quisiera tocarla de cerca. Esta marcha muellemente, su suavidad me encanta: aquella, pesadamente; la aproximidad de un amante le prestará tal vez agilidad. La una canta con gracia, y su garganta flexible exhala los acentos más melodiosos; yo quisiera robar un beso á su boca medio abierta; la otra recorre con un dedo lijero las temblorosas cuerdas de su lira: ¿quién podria dejar de amar manos tan diestras? Esta otra, en fin, me seduce por su danza: amo al ver sus lascivas posiciones, el movimiento cadencioso de sus brazos, su destreza en responder al compás por el

contoneo de todo su cuerpo. No hablemos de mí, que todo me inflamo: colocad á Hipólito delante de ella; se volvería un Priapo. Tú que eres alta no cedes á las heroinas de la antigüedad, y tienes tu puesto á lo largo del lecho. Tú que eres baja sabes gustarme tambien. Ambas me arrebatan; la grande y la pequeña me convienen igualmente. ¿Esta está sin adorno? pienso en lo que la compostura podria aumentar sus encantos; ¿aquella está engalanada? brilla con todos sus atractivos. Soy esclavo de la rubia y de la morena, que tambien es agradable Vénus bajo atezado color. ¿Flotan negros cabellos sobre un cuello de nieve? La belleza de Leda consistia en su negra cabellera. ¿Veo blondos cabellos? Una cabellera dorada hace la belleza de la Aurora. En todas partes la historia me ayuda para justificar mi amor. La juventud me encanta, la madurez me seduce: la una tiene en su favor la belleza del cuerpo, la otra su espíritu. En una palabra, de todas las bellas que se admiran en Roma, no hay una que no le apetezca á mi amor.

ELEGIA QUINTA.

ARGUMENTO.

Dirije reproches á su señora, quien, á su vista, mientras fingía dormir, habia dado á otro convidado señales inequívocas de su amor.

¡Cupido; huye con tu carcax! el Amor no tiene bastante precio, para que yo invoque tan frecuentemente la muerte. Sí, yo invoco la muerte cuando sueño en tu perfidia, ingrata belleza, nacida para mi eterna desgracia. No son tus tablitas mal borradas las que me descubren tu conducta: no son los presentes recibidos furtivamente los que revelan tu crímen. Quieran los dioses que acusándote yo, no pueda convencerte. ¡Infeliz de mí! ¿por qué mi causa es tan buena? Dichoso el amante que puede defender valientemente lo que él ama, y á quien su señora puede decir: «Yo no soy culpable!» Tiene un corazon de hierro y se abandona demasiado á su ira, aquel que quiere adquirir un laurel ensangrentado por la condenacion de una pérfida.

Desgraciadamente lo he visto todo, cuando tú

me creias dormido. Sí, he visto por mis ojos, que el vapor del vino no perturbaba, he visto vuestra traicion. Os he visto entenderos por el movimiento de vuestras cejas: vuestros signos de cabeza, lenguaje bastante claro, eran como palabras. Tus ojos no fueron mudos: se trazaron letras con el vino sobre la mesa: tus propios dedos no estaban sin hablar su lenguaje. A pesar de todos vuestros esfuerzos para ocultarle, he penetrado el sentido de vuestras palabras: he comprendido el valor de los signos convenidos entre vosotros. Ya la mayor parte de los convidados se habian alejado; no quedaban más que dos jóvenes, dormidos por la embriaguez. Yo os ví entónces cambiar culpables besos, besos en los cuales, yo lo he visto, vuestras dos lenguas se confundian; no de los besos que recibia de una hermana un hermano virtuoso, sino de los que dá una tierna mujer á su ávido amante; no de los besos que Febo podia dar á Diana, sino de los que Vénus prodigaba á su querido Marte.

«¿Qué haces tú? exclamaba yo, ¿á quién das los favores que me pertenecen? Es mi derecho, es mi bien; yo la vindico y yo la defenderé. Solo para mí tus caricias, solo para tí las mias; ¿por qué un ter-

cero quiere tener una parte en lo que no pertenece mas que á nosotros dos?»

En estos términos es como se exhalaba mi despecho: el color de la vergüenza cubrió bien pronto sus culpables mejillas. Así se colora el cielo al nacer de la esposa de Titon, ó la jóven virgen á la vista de su prometido: así brillan las rosas en medio de los lirios que las rodean: tal enrojece la luna, detenida en su curso por algun encantamiento; tal aun el marfil asirio, que tiñe una mujer de Meome para impedirle se vuelva amarillo con los años. Tal ó poco menos, era el color de la pérfida, y quizás jamás habia estado más bella. Miraba á tierra y esta mirada era hechicera: la tristeza estaba pintada en su cara y esa misma tristeza la agraciaba. Sus cabellos, y nada era tan bello como sus cabellos, estuve á punto de arrancárselos; sus mejillas delicadas, estuve por abofetearlas.

Cuando mis ojos encontraron los suyos, mis nerviosos brazos cayeron á pesar mio, y mi señora encontró su seguridad en sus armas. Al ver que ella venia amenazante, yo me arrojé á sus rodillas, y la supliqué no me diera menos tiernos besos. Sonrió y me dió de todo su corazon el más dulce beso, uno

de esos besos que arrancarian á la mano irritada de Júpiter su rayo luminoso. Lo que me atormenta hoy es el temor de que mi rival habrá recibido de tan deliciosos: yo no quiero que los suyos hayan podido ser del mismo género.

Ciertamente habia en aquel beso mucho más arte del que debe á mis lecciones: me parece que ella habia aprendido algo nuevo. Ese refinamiento de voluptuosidad nada bueno me presagia; tengo por mal lo que más plugo; nuestras lenguas, cruzándose mútuamente, fueron todas enteras estrechadas por nuestros lábios, y con todo no es esto solo lo que me apena: no es solamente de aquellos besos voluptuosos de lo que me quejo, aunque no obstante me compadezco; pero tales lecciones no se dan más que en la cama, y no sé qué maestro ha recibido la inestimable paga.

ELEGIA SEXTA.

ARGUMENTO.

Deplora la muerte del papagayo que habia regalado á su señora.

El ave imitador venido de las Indias Orientales, aquel papagayo no existe. ¡Llegad en tropel á sus funerales; venid todos, piadosos habitantes de los aires; herid vuestro pecho con las alas, y surcad con aguzadas uñas vuestras cabezas delicadas. En defecto de plañideras que se arranquen los cabellos, despedazad vuestras plumas erizadas; en defecto de los acentos del clarin que resuena á lo lejos, haced oir funerarios cantos.

¿Por qué te quejas, Filomela, de la maldad del tirano ismario? el tiempo ha debido poner término á tus lamentos. Resérvalos para la muerte del ave más rara. La suerte de Itis fué un gran motivo de dolor, pero es un asunto muy antiguo.

Vosotras que os balanceais dulcemente en las llanuras de los cielos, y tú más que otra, tórtola querida, exhalad vuestras lúgubres quejas. Estuvo

toda su vida en perfecta inteligencia con vosotras, y su fidelidad á toda prueba no se desmintió jamás. Lo que fué el griego Pílades para su amigo Orestes, la tórtola, oh papagayo, lo fué para tí, mientras viviste.

¿De qué te ha servido esa fidelidad? ¿De qué te ha servido el brillante explendor de tu raro plumaje? ¿De qué te ha servido esa voz tan hábil para imitar nuestro lenguaje? ¿De qué te ha servido haber agradado á mi señora desde que le fuiste regalado? ¡infeliz! ¡eras la gloria de las aves, y ya no existes! Tú podrias, por el brillo de tu plumaje, eclipsar la verde esmeralda, y el rojo color de tu pico igualaba al brillo de la púrpura. Ninguna ave en la tierra hablaria tan bien como tú: tan grande era tu habilidad en repetir tartajeando los sonidos que no habias entendido!

La muerte envidiosa te ha herido; tú no declarabas la guerra á ninguna ave, tú eras á la vez hablador y amigo de las dulzuras de la paz. Vemos las codornices, siempre en guerra, y por esto mismo quizás, alcanzar frecuentemente la vejez. Los menores alimentos te bastaban; el placer que encontrabas en hablar no te permitia tomar un fre-

cuente alimento. Una nuez constituia tu comida; algunas adormideras te invitaban al sueño; algunas gotas de agua pura extinguian tu sed. Vemos vivir al insaciable buitre, y al milano, el que en su vuelo, describe grandes círculos en medio de los aires. y al grajo, que pronostica la lluvia. Vemos á la corneja, odiosa á la belicosa Minerva: apenas muere al cabo de nueve siglos. Y ha muerto el pájaro que sabia imitar tan bien la voz del hombre, aquel papagayo, raro presente traido de las extremidades del mundo! Casi siempre las manos avaras de la muerte hieren desde luego lo que hay de mejor en la tierra, y las cosas más malas cumplen su destino. Thérsistes vió los tristes funerales de Phylácides: Héctor estaba reducido á cenizas, cuando sus hermanos aun vivian.

¿A qué recordar los tiernos votos que hizo por tí mi señora alarmada, votos que el tempestuoso Noto llevó al medio de los mares? Habias alcanzado el séptimo dia, que debia ser el último para tí: ya la Parca habia enteramente dividido su huso: sin embargo, tu lengua tuvo el valor de hacerse oir aun y exclamaste muriendo: «Corina, adios!»

En el Elíseo, en la pendiente de una colina

hay una selva á la que dan sombra las apiñadas encinas; allí la tierra húmeda está siempre ornada de un verde césped. Aquel lugar, si se dá crédito á la fábula, se dice es la mansion de las aves piadosas: las aves de augurios malos no penetran en él. Es donde habitan los inocentes cisnes y el eterno fénix, siempre único entre las aves. Es donde el pavo real ostenta con orgullo su brillante plumaje, y donde la paloma cariñosa prodiga sus besos á su ávido esposo. Recibido en medio de ellas, en esta riente floresta, nuestro papagayo llama por su lenguaje la atencion de esas piadosas aves.

Sus huesos están cubiertos por una tumba, y esta tumba, pequeña como su cuerpo, presenta una pequeña piedra con esta corta inscripcion: «Por este monumento se puede juzgar cuánto gusté á mi señora: mi boca para hablarla sabia más que un pico de ave.»

ELEGIA SÉPTIMA.

ARGUMENTO.

A Corina: niega haber tenido jamás ningun comercio con Cipasis.

¿He de ser siempre el blanco de tus nuevas acusaciones? por más que hagas, tengo que salir victorioso de esta lucha que se repite á cada momento. Si dirijo la vista á las más elevadas gradas del teatro, tú elijes, entre mil, la mujer que debe servir de pretesto á tus quejas. Si los inocentes ojos de una bella se fijan por casualidad en los mios; segun tú, mi silencio dice bastante, yo me entiendo con ella. Si alabo á esta, tus uñas acometen sin piedad á tu cabellera; si vitupero á aquella, entonces es para mejor ocultar mi crímen. Si tengo buen color, es que estoy frio contigo; si estoy pálido, es que yo muero de amor por otra.

¡Si al menos tuviera algunas faltas que reprocharme! en este caso se sufre más pacientemente la pena que se tiene merecida. Pero tú me acusas sin razon, y por tu inclinacion en creerlo todo

intencionado, destruyes tú misma el efecto que podria causar tu ira. Ves ese animal con largas orejas, ves al pobre pollino: á pesar de los golpes de azote con que se le abruma, no va más ligero.

Ve ahí un nuevo motivo de acusacion. Hoy es Cipasis tu hábil peinadora y dices tú que habrá mancillado conmigo el lecho de su señora. Presérvenme los dioses, si el deseo me diese de ser culpable, de querer serlo con una mujer de vil condicion! ¿Qué hombre libre querria unirse á una esclava, y entre sus brazos apretar un cuerpo magullado de golpes de azote? Añade que es ella quien pone la última mano á tu tocado, y que sus hábiles dedos te lo han vuelto precioso. ¿Y yo insultaria á una muchacha que te es tan adicta? ¿Qué ganaria yo en ello, sino el ser denunciado, despues de haber sufrido una negativa? Te lo juro por Vénus y por el arco de su veleidoso hijo, no soy culpable de este crímen de que me acusas.

ELEGÍA OCTAVA.

ARGUMENTO.

A Cipasis le pregunta cómo Corina ha podido saber el secreto de sus amores.

Cipasis, tú que tan bien sabes componer de mil maneras un peinado, tú que eres digna de no peinar mas que á las diosas, tú cuyo mérito conozco por un dulce latrocinio; tú, tan estimada por tu señora, pero más por mí, dime ¿quién ha podido revelar el secreto de nuestros amores? ¿Cómo Corina ha podido sospechar nuestros placeres? Esto me abochorna. ¿Acaso se me ha escapado una sola palabra que pueda descubrir nuestras furtivas voluptuosidades? Por el contrario, ¿no tengo jurado que para querer ser culpable con una sirvienta, era menester no tener sentido comun?

Y por tanto el héroe de Thesalia se ha consumido de amor por la bella Briseidos, que no era mas que una sirvienta. Una sirvienta fué la sacerdotisa que supo conquistar al rey Miceno. ¿Soy, pues, más grande que Aquiles, más grande que el

descendiente de Tántalo? ¿Lo que fué conveniente para los reyes seria para mí un asunto vergonzoso?

Sin embargo, cuando ella fijó en tí sus airadas miradas, ví colorearse tus mejillas. Para mayor seguridad, si no lo has olvidado, he tomado en testimonio de mi inocencia á la augusta Vénus! Y tú misma, sí, tú, bella diosa, ordena que ese perjurio de un corazon inocente, sea por el ardiente aliento del Noto, llevado más allá de las olas carpathianas.

Por tal servicio, otórgame, morena Cipasis, el dulce favor de encontrarme hoy á solas contigo. ¿Por qué rehusas? ¿por qué, ingrata, finges nuevas alarmas? Basta haber bien merecido de uno de tus amos. Si eres bastante necia para rechazarme, referiré lo que hemos hecho; yo me convertiré en mi propio acusador, y diré, Cipasis, sí, yo diré á tu señora el lugar y el número de nuestras citas, y tambien el número y naturaleza de nuestros placeres.

ELEGIA NOVENA.

ARGUMENTO.

A Cupido: le exhorta para que no gaste todas sus flechas contra él solo.

Cupido, oh tú, que siempre te me muestras irritado, tú que nunca permites el descanso á mi corazon, ¿por qué soy objeto de tus golpes, yo que nunca he abandonado tu bandera? ¿por qué herirme en mi propio campo? ¿por qué tu hacha quema á tus amigos? ¿por qué tu arco les traspasa con sus flechas? Habria más gloria en vencer á un rebelde. Qué! el héroe hemoniano despues de haber pasado á Telefo con su lanza, no curó con su lanza la herida de su enemigo? El cazador persigue al animal que huye; y una vez alcanzado le deja para ir siempre á la pista de una nueva presa. Reservas para nosotros, que somos tus semejantes, la fuerza de tus armas; y tu brazo entorpecido no sabe herir al enemigo que te resiste! ¿A qué viene embotar tus afiladas flechas en los huesos descarnados? porque el amor solo me ha dejado el hueso.

¡Sin amor hay tantas jóvenes! Hay tantos jóvenes sin amor! En ellos pues alcanzarás un triunfo glorioso.

Si Roma no hubiese desplegado sus fuerzas por todo el universo, hoy no seria aun sino un conjunto de chozas. El fatigado soldado abandona la guerra por el campo que acaba de dársele. El corcel, libre de su prision, corre á brincar en los prados; extensos muelles resguardan el buque vuelto de nuevo al puerto, y el gladiador recibe en cambio de sus armas, la varilla que le libra de los combates, y yo que puedo contar tantas campañas al servicio del Amor, ¿no seria tiempo de que viviese tranquilo?

Y sin embargo, si un dios me dijese: «En adelante vive sin amor;» yo me defenderia; ¡tan dulce es el mal de amor! No sé qué vértigo arrastra mi mal aconsejada alma cuando estoy bien repuesto de amor, cuando no experimento sus fuegos. Como el caballero, recogiendo en vano las riendas blanqueadas por la espuma, se vé arrebatado en el precipicio por su corcel que no siente el freno; como el esquife, cerca de tocar la tierra y de llegar al puerto, se vé á un tiempo arrojado por un golpe de

viento; así yo soy arrastrado aquí y allá por el soplo incierto de Cupido, y el Amor de color de rosa vuelve á tomar contra mí sus acostumbradas tretas.

Tira, niño, he depuesto las armas, y me ofrezco desnudo á tus tiros. Despliega aquí tus fuerzas, y haz ver aquí tu destreza. Vé ahí el punto en que, sin oir tus órdenes, vienen las mismas flechas á clavarse: apenas el carcax le es tan conocido como mi corazon. Triste de quien puede descansar una noche entera, y comprar á gran precio el sueño! Insensato! ¿Qué es el sueño sino la imágen de la fria muerte? Los destinos te reservan un largo reposo.

Quiero que mi señora me engañe alguna vez con promesas falaces: la esperanza por lo menos será para mí una verdadera dicha; quiero que ella ya me acaricie, ya me riña: que frecuentemente se me entregue, que frecuentemente me rechace. Si Mario, (Marte), es inconstante, lo es por ti, Cupido; el amante de tu madre, imitándote, lleva de aquí para allá sus armas. Eres veleidoso, eres cien veces más lijero que tus alas, y, siempre inconstante, dás y rehusas el placer á medida de tu capricho. Si no obstante, tu graciosa madre y tú os dignais atender

mis súplicas, ven á reinar como dueño en mi corazon y no lo abandones jamás. Que las hermosas, en veleidoso tropel, acudan bajo tu imperio: tú serás, á este precio, adorado de los dos sexos á la vez.

ELEGIA DÉCIMA.

ARGUMENTO.

A Grecino: se puede muy bien, dígase lo que se quiera, amar á dos mujeres á la vez.

Tú eras, Grecino, lo recuerdo, quien me negaba que pudiese amar á dos mujeres á un mismo tiempo. Gracias á tí he sucumbido; gracias á tí he sido apresado sin defensa, y vé aquí que tengo vergüenza, vé aquí que amo á dos mujeres á la vez, bellas las dos, las dos en estado de buen servicio: seria imposible decir cuál tiene más talento. La primera aventaja en belleza á la segunda, esta á la primera: tan pronto es una como otra la que más me place. Mi corazon, como el esquife batido por los opuestos vientos, marcha á la ventura, dividido entre estos dos amores. ¿Por qué, diosa del

monte Erycino, multiplicar así mis eternos tormentos? ¿No era bastante tener que ocuparme de una sola querida? ¿Por qué añadir hojas á los árboles, estrellas al cielo, y nuevas aguas á las olas del inmenso Occéano?

Prefiero, no obstante, amar así, á consumirme sin amor. Para mis enemigos una vida sin voluptuosidad; para mis enemigos el sueño en una cama solitaria y la facilidad de descansar contentos en medio de un lecho no dividido! Para mí, quiero que el cruel amor me arranque á las dulzuras del sueño; no quiero ser solo en estrujar el plumon de mi cama. Que solo una mujer apure sin obstáculo mi amor, si una sola puede hacerlo; y si no es suficiente una, que sean dos. Mi cuerpo seco, pero no débil, me dará fuerza; es la gordura y no el vigor lo que le falta. Por otra parte la voluptuosidad me animará con su poder: jamás he quedado en falta junto á una hermosa. Frecuentemente, despues de una noche consagrada al placer, me he encontrado por la mañana lleno de vigor y dispuesto á la accion. Dichoso quien muere en los dulces combates de Vénus! Hagan los dioses que yo encuentre ese dia la muerte!

Que el soldado presente su pecho á los dardos del enemigo, que compre al precio de su sangre una gloria inmortal; que el avaro busque lejos las riquezas, y que, sumergido en los mares que ha cansado su nave, trague las aguas con su boca perjura: por lo que á mí toca, quiero encanecer bajo la bandera de Vénus, quiero morir en medio de la lucha, y que puedan decir llorando sobre mi sepulcro: «Ha muerto como ha vivido.»

ELEGIA ONCENA.

ARGUMENTO.

Trata de disuadir á Corina de su proyecto de ir á las bayas de Campania.

El Argo, despojado del monte Peliaco, es el primero que se abrió en las olas embravecidas un camino peligroso y sembrado de escollos, para traer el toison de oro. Oh! quiera el cielo que Argo haya sido absorbido en los profundos abismos del mar, á fin de que ningun mortal fatigue con su remo la inmensidad de las olas!

Vé aquí que, abandonando su cama acostumbrada y sus penates domésticos, Corina se va á confiar al falaz elemento. ¿Por qué obligas á tu desgraciado amante á temer para tí el Zéfiro y el Euro, el viento glacial de Borea y el caliente aliento del Noto? No verás en tu camino ni villas ni selvas dignas de ser admiradas. Por todo espectáculo no tendrás mas que la vista de un mar azulado y pérfido. No es lejos donde se encuentran lijeros mariscos y guijarros ricamente matizados, sino en las claras aguas de la ribera. La ribera es, pues, solamente la que debeis, jóvenes bellezas, hollar con vuestros delicados piés: solo allí hay seguridad: más allá existen escondidos escollos. Que otros os cuenten los combates que libran los vientos, qué mares son infestados por Carybdis y Scyla, sobre qué rocas están asentados, amenazantes, los montes Ceranios, en qué lugar están escondidas las Syrtes ó Malea. Que otros os instruyan, cualesquiera que sean sus relaciones, creedlas: creer en la relacion de una tempestad, no es correr riesgo alguno.

Se está mucho tiempo sin ver la tierra, cuando, una vez apartado de la ribera, la nave voga á ve-

las llenas en el vasto mar. El navegante inquieto teme el furor de los vientos, y vé la muerte tan cerca como las olas. ¿Qué vendrás á ser tú si Triton levanta con furia sus agitadas ondas? ¡Cómo entonces palidecerá tu semblante! Invocando á los compasivos hijos de la fecunda Leda, exclamarás: «¡Dichoso aquel que vive en su tierra natal!» Es mucho más seguro dormir en buen lecho, leer algun libro, hacer resonar bajo sus dedos la lira de Thracia.

Pero si el viento de las tempestades se lleva mis vanas palabras, que al menos favorezca Galatea á la nave que te conduce! Si llega á perecer tal belleza, vuestro seria el crímen y de vuestro padre, Diosas y Nereidas. Parte pensando en mí para volver al primer viento propicio, y que su soplo más fuerte hinche entonces tus velas. Que el poderoso Nereo vuelva la mar inclinada sobre esta ribera; que el viento empuje las naves hácia aquí: y por aquí el flujo precipite las aguas. Tú misma ruega á los céfiros soplen de lleno en tus velas, que tus propias manos ayudarán á hacer mover.

Yo seré el primero en descubrir desde la ri-

bera tu nave querida; y diré: «esa nave trae otra vez mis dioses.» Te recibiré en mis brazos, tomaré rápidamente desordenados besos; la víctima ofrecida para tu regreso caerá al pié de los altares. Extenderé en forma de lecho la lijera arena de la playa, y el primer otero nos servirá de mesa. Allí con el vaso en la mano me contarás todas tus aventuras; me describirás tu navío medio engullido por las oleadas; me dirás que viniendo hácia mí no temias ni al frio ni á la noche, ni á los austros impetuosos. Todo esto, aunque fuese fingido, será verdad para mí; lo creeré todo. ¿Y por qué no he de creer yo con complacencia lo que más deseo? Ojalá pudiese la estrella de la mañana, brillando en un cielo sin nubes, traerme desde luego este dichoso dia!

ELEGIA DUODÉCIMA.

ARGUMENTO.

Se goza de haber por fin obtenido los favores de Corina.

Ceñid mi frente, laureles de la victoria. Soy vencedor: Corina está en mis brazos; aquella que un marido, que un guardian, que una puerta de encina, que tanto antemural ponian al abrigo de una sorpresa! La victoria que, ante todas las otras, merece los honores del triunfo, es seguramente aquella que no está manchada por la sangre del vencido. No son humildes murallas, no son plazas cercadas por estrechos fosos, una bella es la que he sabido tomar por asalto.

Cuando Pérgamo cayó, despues de diez años de guerra, ¿qué parte de honor, entre tantos sitiadores, alcanza el hijo de Atreo? Mi gloria, es mia, me es toda personal: ningun soldado puede reclamar su parte, ninguno tiene título para pretenderla. Como jefe y soldado á la vez he logrado mis fines: yo mismo fuí á la vez caballero, infante, abanderado, y en mis hechos no tuvo lugar la casualidad.

Para mí, pues, mi triunfo que es premio de mis esfuerzos!

No seré tampoco la causa de una nueva guerra. Sin el rapto de la hija de Píndaro, la paz de Europa y del Asia no se hubiese alterado. Una mujer es quien, con el vino, arma vergonzosamente, unos contra otros, á los salvajes Lapithas y la raza monstruosa de los Centauros. Una mujer es quien en tu reino, justo latino, obligó á los Troyanos á empezar de nuevo desastrosas guerras. Una mujer es quien, desde los primeros tiempos de Roma, fué causa del sangriento combate en que los Romanos tuvieron que defenderse contra sus suegros. He visto pelearse los toros por una blanca vaquilla, que, espectadora de la lucha, animaba su valor. Yo tambien soy uno de los numerosos soldados del Amor; pero es sin efusion de sangre como me hace seguir sus estandartes.

ELEGÍA DÉCIMOTERCIA.

ARGUMENTO.

A Isis: le pide proteja la preñez de Corina.

La imprudente Corina tratando de desembarazarse de la carga que lleva en su seno, se expone ella misma á perder la vida. Ciertamente por haber afrontado, sin saberlo, tan gran peligro, merecia toda mi cólera; pero la cólera cede ante el temor. Pues ó habia concebido por mi causa ó al menos yo así lo creo: porque frecuentemente tomo por un hecho cierto, lo que no es más que posible.

Isis, tú que habitas el Paretonio, y los campos deliciosos de Canope, y Mémfis, y Pharos fértil en palmeras, y aquellas llanuras en donde el Nilo, abandonando su vasto cauce, va, por siete bocas, á llevar sus aguas al mar; yo te conjuro por tu sistro (1), por la cabeza misteriosa de Anubis, (y que á este precio el pio Osiris acepte siempre tus sacrificios, la serpiente amodorrada se arrastre

(1) Instrumento músico.

lentamente en torno de las ofrendas, y en medio del cortejo se adelante Apis con su media luna sobre la frente); fija tus miradas en Corina: ahorra en ella sola dos víctimas, porque ambas recibiremos la vida, ella de tí, yo de ella. Muy frecuentemente tú la has visto, en los dias que te son consagrados, celebrar tus misterios, á la hora en que tus sacerdotes coronen sus frentes con laureles.

Y tú, que tienes piedad de las jóvenes esposas en los dolores del parto, cuando el fruto que llevan escondido busca salir de su prision, Ilithyia, séasme propicia, y dígnate atender mis súplicas: ella merece que tú la cuentes en el número de tus protegidas. Y yo, revestido de una ropa blanca, iré á hacer ahumar el incienso en tus altares: iré á cumplir mis votos, depositar mis ofrendas á tus piés, con esta inscripcion: «Ovidio, por la salud de Corina.» Dígnate solamente dar lugar á mis ofrendas y á esta inscripcion.

Y tú, Corina, si en mi espanto, me es permitido darte un aviso, despues de una tal lucha, no aventuro una segunda.

ELEGIA DÉCIMOCUARTA.

ARGUMENTO.

A Corina: aprovecha su restablecimiento para exponerle más libremente la gravedad de su falta.

¿De qué sirve á las bellas el estar fuera de combates, de no tener que seguir, escudo en mano, nuestras formidables legiones, si, lejos de los peligros de la guerra, ellas se lastiman con sus propias armas, si con sus ciegas manos atentan á sus dias? La que primero ensayó hacer abortar en sus entrañas el tierno fruto que llevaba, merecia perecer en esta lucha empeñada por ella. ¡Qué! para ahorrar á tu vientre algunas arrugas, convendrá asolar el triste campo en que se libró el combate!

Si, en las primeras edades del mundo, las madres hubieran tenido esta viciosa costumbre, el género humano hubiera desaparecido de la tierra; y para repoblar el universo y sembrar las piedras de que nacieron nuestros abuelos, seria menester otra Deucalion. ¿Quién hubiera destruido el imperio de Príamo, si la diosa de los mares, Thétis, no

hubiera querido llevar su fruto hasta el término fijado por la naturaleza? Si Ilia hubiese ahogado los mellizos de quienes estaba embarazada, no hubiese existido el fundador de la villa señora del mundo. Si Vénus hubiese hecho morir á Eneas en su seno, la tierra hubiese sido privada de los Césares. Tú misma, que debias nacer tan bella, hubieras perecido, si tu madre hubiese hecho lo que tú acabas de osar. Y yo, más bien nacido para morir de amor, no hubiese jamás existido, si mi madre me hubiese muerto de antemano.

¿Por qué despojar á la viña fecunda del racimo que crece? ¿Por qué, con mano cruel, arrancar el fruto antes de su madurez? muerto caerá por sí mismo; una vez nacido, déjale crecer; la vida es bastante buen premio para algunos meses de paciencia.

Mujeres, ¿por qué manchais vuestras entrañas con un hierro homicida? ¿Por qué presentais el cruel veneno al niño que aun no existe? Se maldice á la madrastra de Colquida, que se manchó con la sangre de sus hijos y se compadece á Itis degollado por su madre. Sí, estas dos mujeres fueron bárbaras; pero su barbarie tenia un mo-

tivo: se vengaban de sus esposos en los hijos que tenian de ellos. ¿Os escita, decidme, algun Tereo, algun Jason á despedazar vuestras entrañas con sacrílega mano?

Jamás se ha visto tanta crueldad en los tigres de las cuevas de la Armenia; jamás la leona se atrevió á procurar el aborto. A las tiernas bellezas estaba reservado el intentarlo, pero no impunemente. Ahogando á su hijo en su seno, perece muchas veces la madre. Perece, y se lo lleva toda desmelenada en su lecho de dolor; y todos exclaman al verla: «Lo tiene bien merecido!»

Pero que mis vanas palabras se pierdan en el aire; que mis presajios queden sin efecto! Dioses clementes, sufrid que Corina haya cometido impunemente una primera falta, es todo lo que pido. Que el castigo sea reservado para la segunda.

ELEGÍA DÉCIMAQUINTA.

ARGUMENTO.

Al anillo que él habia enviado como presente á su señora.

Anillo, que vas á ceñir el dedo de mi bella señora, tú que no tienes otro precio que el amor de aquel que te dá, sé para ella un presente agradable: ojalá te reciba con placer, y te coloque desde luego en su dedo! Sé hecho para ella, como ella para mí; que tu círculo abrace cómodamente su dedo, sin lastimarlo.

Dichoso anillo, tú vas á ser tocado por mi señora. Ay! yo envidio ya la suerte de mi presente. Oh! que no pueda yo de un golpe transformarme en tí, por el arte del májico de Ea ó del viejo de Carpthos! Entonces yo querria que tú tocaras su cuello, ó te introdujeses con su mano izquierda bajo su túnica. Yo me escaparia de su dedo, por muy apretado y ajustado que estuviese, y me libertaria por encantamiento para ir á caer sobre su seno. Yo tambien, cuando ella querria sellar sus tabletas misteriosas, é impedir á la cera adherirse á la

piedra muy seca, yo tocaria ante todo los húmedos lábios de mi bella señora, con tal solamente de no sellar jamás un escrito doloroso para mí. Si ella quiere hacerme colocar en su joyero, rehusaré dejar su dedo; me encojeré para sujetarle más fuertemente.

Que jamás, oh tú que eres mi vida, sea yo para tí un motivo de vergüenza, una carga muy pesada para tu delicado dedo. Llévame, ya te zambullas en un baño tibio, ya te bañes en el agua corriente. Pero quizá entonces viéndote desnuda, el amor despertará mis sentidos, y ese mismo anillo tomará de nuevo su papel de amante.

¡Ay! ¿qué significan estos avisos inútiles? Parte, débil presente, y que mi señora no vea en tí mas que la prenda de mi fidelidad.

ELEGIA DÉCIMASEXTA.

ARGUMENTO.

A Corina, induciéndola á que vaya á verle en su casa de campo de Sulmona.

Estoy en Sulmona, tercer canton del territorio de los Sabinos (1). Este canton es pequeño, pero el aire es saludable, gracias á frescas fuentes de agua viva. Aunque los rayos más cercanos del sol hienden aquí la tierra, aunque se sienten los ardores funestos de la canícula, límpidos arroyos serpentean á través de los campos Pelignos, y una vejetacion vigorosa cubre el suelo de fresco césped. El pais es fértil en trigo, más fértil aun en uva: produce alguna vez ademas la almendra que viene del árbol de Palas. Las aguas que corren por las praderas las tienen al instante cubiertas de una yerba nueva, y el suelo, siempre refrescado, presenta un espeso tapiz de verdura.

Pero allí no se encuentra mi amor; me engaño de una palabra: allí no se encuentra el objeto

(1) Abruzo.

de mi amor, mi amor se encuentra solo. Aunque se me colocase entre Castor y Pollux, sin tí yo no querria habitar el cielo.

Que la muerte sea cruel y la tierra pesada á aquellos que han trazado los primeros, en sus carreras, lejanos surcos en el globo! Al menos debian mandar á las jóvenes bellezas á acompañar á sus amantes, si fuera menester surcar la tierra por caminos interminables. Por lo que á mí toca, si habia de trepar, helado de frio, los Alpes expuestos á todos los vientos, este viaje, penoso como es, me pareceria dulce con mi señora; con mi señora, no dudaria en atravesar los Sirtes de la Libia, en presentar mi vela al pérfido Noto; con ella no temería ni á los mónstruos marinos que ladran á los lados de Scila, ni tus estrechas gargantas, tortuosa Malea, ni las aguas que el infatigable Caribdis, hartada sin cesar de navíos sumergidos, vomita y engulle de nuevo.

Que si los vientos son más fuertes que Neptuno, si las olas se llevan los dioses que nos protejen, enlaza á mis hombros tus brazos tan blancos como la nieve, yo llevaré fácilmente tan dulce peso. Frecuentemente, para ir á ver á Hero, su

jóven amante habia atravesado los mares á nado; no hubiese perecido, sin la oscuridad que ocultó el camino á sus ojos.

Yo, aquí solo sin mi señora, tengo agradable vista de ricos viñedos, de campos en todas partes bañados por límpidos rios; veo al agua, obedeciendo al cultivador, dividirse en numerosos arroyos, y las hojas de los árboles suavemente agitadas por el fresco aliento de los vientos; mas no creo habitar el bello pais de los Pelignos; no encuentro la heredad de mis antepasados, el lugar que me ha visto nacer; me creo en medio de la Scythia, de los bravos cilicianos, de los Bretones con el rostro pintado de verde y entre peñascos teñidos con la sangre de Prometheo.

El olmo ama la viña, la viña se une al olmo; ¿por qué estoy tan á menudo lejos de mi señora? Sin embargo, tú debias no separarte nunca: tú me lo habias jurado, y por mí y por tus ojos que son mis astros tutelares. Más lijeras que las hojas de otoño, las vanas promesas de la belleza huyen siempre á merced de los céfiros y de las aguas.

Si por tanto eres aun sensible á mi desamparo, comienza en fin á cumplir tus promesas; sube sin

más tardar en un carro lijero tirado por dos veloces caballos, y sacude tú misma las riendas sobre su clin flotante. Y vosotros, montes orgullosos, humillaos á su paso; y vosotros, tortuosos valles, abridle fácil camino.

ELEGIA DÉCIMASÉPTIMA.

ARGUMENTO.

Se compadece de Corina, demasiado engreida de su belleza.

Si hay alguno que piense que es vergonzoso el ser el esclavo de una bella, acepto su condenacion. Que me declare pues infame, con tal que la diosa que reina á Paphos y á Cytheres me trate con un poco más miramiento. ¿Por qué no he sido el esclavo de una amante sensible y dulce, puesto que yo habia nacido para ser el esclavo de una bella? La belleza dá orgullo: la belleza de Corina la vuelve intratable. ¡Ay! por qué se conoce tan bien! De su espejo saca su arrogancia; aunque no se mirà en él mas que despues de componerse.

Si tu belleza, nacida para hechizar mis ojos,

te asegura el imperio de todos los corazones, no debes, comparándome á tí, despreciarme; la inferioridad puede asociarse con la grandeza. Se sabe que la ninfa Calipso, ardiendo en amor por un simple mortal, le retiene contra su voluntad para hacerle su esposo. Se sabe que una de las Nereidas no se abochornaba por tener comercio con el rey de Phthia, Egeria con el justo Numa, Vénus con Vulcano, cojo, y todo sucio como está al dejar su yunque. Estos versos no son de un metro igual, y por tanto el verso heróico se combina muy bien con un verso de más pequeño corte.

Tú tambien, oh alma mia, acójeme á cualquier título que sea. Que de lo alto de tu lecho te plazca dictarme leyes. No verás nunca en mí un acusador pronto á vengarse de su desgracia: no tendrás que negar nuestro amor.

Que cerca de tí mis versos suplan en mí la riqueza. Más de una bella quiere deberme su celebridad. Sé de una que en todas partes va haciéndose pasar por Corina: ¿por serlo efectivamente qué no daria ella? Pero como no se vé correr por un mismo cauce al fresco Eurotas y al Pó guarnecido de chopos, del mismo modo ninguna

otra que tú será el objeto de mis cantos: solo á tí está reservado inspirar mi genio.

ELEGIA DÉCIMAOCTAVA.

ARGUMENTO.

A Macer: se justifica de entregarse enteramente á cantos eróticos.

Mientras que juntas en tus versos la cólera de Aquiles, y revistes de sus primeras armas á los héroes encadenados por sus juramentos, yo, Macer, gozo del reposo á la sombra de la indolente Vénus, y el tierno Amor viene á parar el vuelo audaz de mi genio. Más de ùna vez he dicho á mi señora: «Basta ya, retírate,» y al punto ella se sienta sobre mis rodillas. Frecuentemente le he dido: «En verdad estoy avergonzado;» y ella, reteniendo con pena sus lágrimas, exclamaba: «Qué desgraciada soy! ya te avergüenzas de amarme!» Entónces estrechándome entre sus brazos, me prodigaba mil besos de aquellos que hacen mi perdicion. Estoy vencido; mi espíritu no sueña en los combates: lo que yo canto son mis hazañas domés-

ticas y mis guerras privadas. No obstante he manejado el cetro; mi pluma ha osado abordar la trajedia, y la empresa no era superior á mis fuerzas. El Amor se echó á reir al ver mi noble manto, mi coturno pintado y mi cetro tan bien llevado por manos para las cuales está hecho. Las exigencias de una señora imperiosa me han arrancado de este trabajo, y el poeta de coturno es batido por el Amor.

Puesto que esta es mi suerte, me limito á profesar el arte de amar; y soy el primero ¡ay! abrumado bajo el peso de mis preceptos. O escribo una carta de Penélope á Ulyses, ó pinto tus lágrimas, Phyllis, cuando te ves abandonada. Escribo á Páris y á Macarea, y al ingrato Jason, y al padre de Hippólyto, y al mismo Hippólyto. Repito los lamentos de la infortunada Didon, armada de su amenazante espada, y los suspiros de la heroina de Lesbos, amiga de la lira Eolia.

Con qué velocidad mi amigo Sabino ha recorrido el mundo, y traido de mil diversos lugares la respuesta á estas letras! La casta Penélope ha reconocido el sello de Ulyses, y la suegra de Hippólyto ha leido los reproches que él le dirije. Ya

el piadoso Eneas ha respondido á la muy desgraciada Elisa; y Phyllis, si con todo eso ella respirara, tambien tiene su respuesta. Las tristes despedidas de Jason han llegado á Hypsipyle; y Safo, querida de Apolo, no tiene mas que depositar á los piés del Dios la Lyra que le tiene consagrada.

Pero tú tambien, Macer, cantando los combates y los trabajos de Marte, tú tambien has hablado, tanto como has podido, del amor y de sus tesoros. En tu poema figuran Páris, y aquel adúltero cuyo crímen ha hecho tanto ruido, y Laodamia acompañando á su esposo que ya no existe. Sí, te conozco bien, tratas estos asuntos tan de buena gana como los combates, y pasas frecuentemente de tu campo al mio.

ELEGIA DÉCIMANOVENA.

ARGUMENTO.

A un hombre cuya mujer amaba.

Insensato, si para tí tú no tienes necesidad de vigilar tu mujer, vigílala al menos para mí á fin de hacérmela desear más. Lo que nos está permi-

tido nos es insípido; lo que nos está prohibido excita más fuertemente nuestra pasion.

Aquel que ama lo que otro le permite amar, tiene un corazon de hierro. En cuanto á nosotros, los que sabemos amar, nos falta esperar y temer á la vez, y, para desear más vivamente, tener que sufrir algunas repulsas.

Que no se me hable de una fortuna que me pondria al abrigo de toda decepcion. No sabria amar lo que no pueda inquietarme en ningun tiempo. Este es mi flaco; bien lo habia visto la astuta Corina: demasiado sabia ella por dónde podíaseme cojer. ¡Cuántas veces, ay! le tengo visto ¡la mentirosa! fingir un violento mal de cabeza, á fin de despedirme! ¡Cuántas veces he debido, aunque me costase, alejarme á paso lento! Cuántas veces me ha supuesto culpas, y, culpable ella misma, se ha supuesto la inocente! Despues de haberme atormentado, despues de haber así reanimado mis fuegos medio apagados, volvia á estar dulce y sensible á mis deseos. ¡Qué de caricias, qué de ternuras entonces me prodigaba! ¡Cuántos besos y ¡grandes dioses! qué besos!

Tú tambien, que recientemente has embelesado

mis ojos, recurre frecuentemente á la astucia, seas á menudo sorda á mis súplicas; déjame tendido en el umbral de tu puerta, sufrir el penetrante frio de una larga noche de invierno. Mi amor no tiene fuerza, únicamente á este precio tiene duracion. Vé ahí lo que le falta, vé ahí lo que alimenta mi pasion. Un amor llano y sin dificultad me llega á ser insípido: es como un manjar muy dulce, que no puede excitarme el corazon. Si nunca Danae hubiese estado encerrada en una torre de metal, jamás Júpiter la hubiese hecho madre. Juno, haciendo vigilar á Io, con la frente cargada de cuernos, la volvió á los ojos de Júpiter más graciosa que antes.

Aquel que limita sus deseos á lo que es fácil y permitido, vaya á cojer la hoja sobre los árboles, y beba en plena ribera. Bellas, si quereis aseguraros un largo imperio, sabed abusar de vuestros amantes. Ay! ¿Para qué es menester que yo dé lecciones contra mí mismo? No importa; ame quien quiera una complacencia sin límites: á mí me sirve de molestia. Yo huyo de quien se detiene á mi paso, y me detengo al paso de quien de mí huye.

Pero tú, que estás tan seguro á la vista de tu

bella compañera, comienza desde hoy á cerrar tu puerta desde la caida del dia; comienza á preguntar á quien viene tan frecuentemente á golpearla furtivamente; lo que hace ladrar á tus perros en el silencio de la noche; entérate de los billetes que lleva y vuelve á llevar una diligente sirvienta; y por qué tu bella, tan á menudo, quiere dormir sola en su cama. Deja en fin estos cuidados roedores penetrar alguna vez hasta la médula de tus huesos, y dame lugar para recurrir á la astucia.

Ha nacido para hurtar la arena de las riberas desiertas, quien puede ser amante de la mujer de un tonto. Te prevengo, que si no vigilas más á tu mujer, no tardará en cesar de ser mi señora. Yo esperaba que llegaria dia en que tu atenta vigilancia me obligase á más astucia. Tú no te mueves, tú sufres lo que no sufriria ningun marido. ¡Ah, bien! soy yo quien pondrá fin á un amor que tú permites.

¡Qué desgraciado soy! ¿No es esto lo mismo que decir que jamás me impedirás la entrada en tu casa? ¿Que no estaré durante la noche expuesto á tu venganza? ¿Que jamás tendré nada que temer

de tí? ¿Que jamás encontrará mi sueño un suspiro tímido? ¡Qué! no harás nada que me dé el derecho de desear tu muerte? ¿Es á mí á quien conviene un marido fácil, un marido que prostituye á su mujer? Tú acabas de emponzoñar mis placeres con tu complacencia. ¿Por qué no buscas á otro, que se avenga á una tan prolongada paciencia? Si te conviene que yo sea tu rival, prohíbeme serlo.

LIBRO TERCERO.

ELEGÍA PRIMERA.

ARGUMENTO.

La Tragedia y la Elegía se disputan la posesion de Ovidio.

Existe una antigua selva, que durante largos años ha permanecido vírgen, y se la cree el santuario de una divinidad. En medio hay una fuente sagrada, que domina una gruta cortada en la roca: el aire resuena al alrededor, con el dulce murmullo de las aves. Paseándome un dia en los espesos sotos de este bosque, pensaba sobre qué género de obra ocuparia mi musa.

Ví venir hácia mí la Elegía con los cabellos olorosos y atados con arte; y, si no me engaño, uno de sus piés era más largo que el otro. Su aire

era decente: su ropa, del tisú más lijero; su aspecto, el de una amante. El defecto mismo de sus piés aumentaba su gracia. Ví venir tambien á la Tragedia avanzándose á grandes pasos, la mirada feroz, los cabellos dispersos, la ropa talar. En su mano izquierda llevaba con arrogancia el cetro de los reyes; sus piés calzaban noblemente el coturno Lydio.

La primera, dirigiéndose á mí, me dijo: «¿Cuál será, cuál será el término de tus amores, poeta infiel á mi culto? En los festines licenciosos cuéntanse tus locuras, cuéntanse en las encrucijadas. Casi siempre que pasas te señalan con el dedo, y dicen: «Ved ahí ese poeta á quien consume el cruel Amor.» Tú eres, sin duda, la fábula de la capital cuando cuentas sin pudor tus espansiones amorosas. Tiempo es ya de que, cediendo á los impulsos del thyrso, trates asuntos más elevados. Por largo tiempo has estado reposado; emprende una nueva obra. El asunto de tus cantos apoca tu génio: celebra los grandes hechos de los guerreros. ¿Soy yo, dirás tú, para servir en esa carrera? ¿Pero tu Musa no ha prodigado bastantes canciones á las bellas? Tu primera juventud está enteramente en-

tregada á esas bagatelas. Sé conmigo ahora; que yo te debo el nombre de Tragedia romana. Tu génio puede bastar para esta noble tasca.» Dijo ella, y, apoyándose con altanería en sus coturnos bordados, sacudió tres ó cuatro veces su cabeza sombreada por una espesa cabellera.

La Elegía, si no recuerdo mal, sonrió mirándome de soslayo. Tenia, si no me engaño, un ramo de mirto en la mano. «¿Por qué, dijo, orgullosa Tragedia, me tratas con tan pocos miramientos? ¿no puedes jamás dejar de ser severa? Esta vez no obstante has tenido á bien combatirme en versos desiguales con mi propia rima. No comparo mis cantos á tus sublimes acentos: tu soberbio palacio aplasta mi humilde morada. Lijera como soy, me deleito con Cupido, no menos lijero que yo. No tengo la vanidad de creerme superior á mi papel. Sin mí, la madre del voluptuoso Amor no tendria tantos encantos: soy la auxiliar y la compañera de esta diosa. La puerta que no sabria forzar tu duro coturno, se abre á los dulces acentos de mi voz; y sin embargo, si mi poder es superior al tuyo, lo debo á la paciencia con la cual sufro bien las cosas que sublevarian tu orgullo. De

mí aprende Corina á engañar á su guardian, á forzar la cerradura de una puerta rigurosamente cerrada, á salir furtivamente de su lecho, vestida de una túnica arremangada, y á avanzar con paso sordo, en las tinieblas de la noche.

«Cuántas veces me he visto suspendida en una puerta rebelde, importándome poco ser vista por los paseantes! Hay más: recuerdo que la sirvienta de Corina me recibió y tuvo escondida en su seno, hasta que vió alejarse al severo guardian de su señora. ¿Te recordaré que para celebrar el aniversario del nacimiento de tu bella, me enviabas á ella en presente, y que me rasgó y me arrojó despiadada en el agua? Soy yo la primera que ha hecho germinar en tí las semillas fecundas de la poesía: á mí debes el privilegiado talento que reclama para sí mi rival.»

Las dos Musas habian acabado, y, dirigiéndome á ellas, les dije: «Por vosotras mismas os conjuro; acojed sin prevencion mis tímidas palabras. Vosotras me ofreceis el cetro y el noble coturno y ya los acentos sublimes salen de mi boca apenas entreabierta; y vosotras haceis inmortales mis amores. Sé, pues, propicia á mis votos y déjame mez-

clar entre sí el grande y el pequeño verso: otórgame una poca dilacion, majestuosa Tragedia: tus obras exigen años, y las de tu rival solamente algunas horas.»

No fué sorda á mi ruego: los tiernos amores esméranse en aprovechar la próroga otorgada: he de ultimar una obra mucho más grande que me apremia.

ELEGIA SEGUNDA.

ARGUMENTO.

Los juegos del Circo.

«Si me siento aquí, no es por el interés que tomo en los famosos corceles; y sin embargo, mis votos no son menos para aquel que tú favoreces. Vengo para charlar contigo, para estar á tu lado, para no dejarte ignorar todo el amor que tú me inspiras. Tú miras la corrida y yo te miro á tí. Gocemos los dos del espectáculo que nos agrada, ambos repasemos nuestras miradas holgadamente. Oh, dichoso, sea quien quiera, el competidor que tú favorezcas! tiene la dicha de interesarte. Que se-

mejante dicha me alcance; al instante me lanzaria de la barrera, abandonándome á mis impetuosos corceles. Sabria, aquí, soltarles las riendas; allá, marcar sus flancos con golpes de látigo; más lejos, estrechar el círculo dando vuelta. Pero si, en mi carrera rápida, llegara á divisarte, oh! me detendria, y las riendas se me escaparian de las manos. Ah! faltó poco para que Pelops no cayera en medio de la carrera de Pisa, ocupado como estaba en contemplarte, bella Hippodamia! Y no obstante él debió su victoria á los votos de su señora. ¡Así pudiesen todós los amantes deber su triunfo á los votos de sus bellas!

¿Por qué tratas vanamente de alejarte de mí? la misma grada nos retiene al uno junto al otro: es una ventaja que debo á los reglamentos del Circo. Pero tú, que estás á la derecha de mi bella, sostente bien; la molestas, apoyándote sobre ella. Y vosotros que estais colocados detrás, no extendais tanto vuestras piernas; tened bastante circunspeccion para no ajar sus espaldas con vuestra ruda rodilla. Cuidado, amiga mia, tu ropa demasiado baja arrastra por tierra; levántala como voy á hacerlo yo mismo. Oh ropa, estabas celosa por

cubrir tan bellas piernas; tú querias ser sola en verlas; sí, tú estabas celosa. Tales eran las piernas de la lijera Atalante, que Milanion hubiera querido tocar con sus manos: tales tambien las de Diana, cuando, levantada la ropa, perseguia en las selvas los venados, menos intrépidos que ella misma. Estoy encendido por aquellas piernas que no he podido ver; ¿qué sucederá al ver las tuyas? tú vienes á añadir fuego á un brasero, y agua al mar. Juzgo, por lo que he visto, lo que pueden ser los otros atractivos tan bien cubiertos bajo tu lijera ropa.

¿Quieres tú, entretanto, que un aire agradable venga á refrescar tu rostro? esta tablilla agitada por mi mano, te dará ese placer; á menos que no sea el fuego de mi amor, más bien que el calor del aire, lo que te ahoga, y que tu corazon no arda con una placentera llama. Mientras que te hablo, una negra polvareda ha empañado el brillo de tu blanca ropa: huye de encima de aquellas espaldas de nieve, polvorosa tierra! Mas vé ahí venir la corte; callad, y prestad toda vuestra atencion. Es llegado el momento de aplaudir: la brillante corte se adelanta.

En primer lugar aparece la Victoria, con las alas desplegadas. Oh diosa, seme favorable, y haz que mi amor sea vencedor. Aplaudid á Neptuno, vosotros los que tanta confianza teneis en sus ondas. Por lo que á mí toca, nada tengo de comun con el mar, y no amo mas que la tierra que habito. Tú, soldado, aplaude á tu dios Marte. Yo huyo de los combates: amo la paz y el amor al que la paz favorece. Que Febo sea propicio á los augures, Febé á los cazadores. Tú, Minerva, recibe el saludo de todos los amigos de las artes. Y vosotros, labradores, saludad á Céres y al tierno Baco. Que Pólux oiga los votos del gladiador, y Cástor los del caballero. Nosotros te aplaudimos á tí, dulce Vénus, á tí y á los Amores armados de flechas. Secunda mis esfuerzos, tierna diosa; dá otro génio á mi amante; que ella se deje amar. Con un signo de cabeza, me predice Vénus el éxito. Lo que ella me ha prometido, prométemelo tú tambien. Atiende mi súplica, y perdóneme Vénus, serás á mis ojos más grande que esta diosa. Te lo juro, y pongo en testimonio de mi juramento á todos los dioses que brillan en esa corte, tú serás siempre mi querida señora. Pero tus piernas no

tienen punto de apoyo: puedes, si quieres, apoyar en medio de estos barrotes la punta de tus piés.

Ya la carrera está libre, y los grandes juegos van á empezar: el pretor acaba de dar la señal: los cuádrigas (1), se han lanzado todos á un tiempo, desde la barrera. Miro aquel por que te interesas; quien quiera que sea el que tú favoreces, saldrá vencedor. Los mismos caballos parecen adivinar tus voces. ¡Ay! qué círculo describe alrededor del mojon! desgraciado ¿qué haces? te lleva ventaja tu rival, que ha rasado de más cerca. ¿Qué haces, imprudente? Dejas inútiles los votos de la belleza. Por favor sujeta fuertemente la rienda izquierda. Nos hemos interesado por un torpe. Vamos, romanos, llamad, y dad la señal sacudiendo de todos lados vuestras togas. Hé aquí, que se le llama: pero, por miedo á que el movimiento de las togas no desordene la simetría de tu tocado, puedes ponerte al abrigo bajo la falda de la mia.

Ya la liza se abre de nuevo, la barrera está levantada, y los rivales, á quienes distingue su color, lanzan sus caballos eu la arena. Esta vez al

(1) Carro de dos ruedas con cuatro caballos. (N. T.)

menos sé vencedor, y vuela por el espacio que se abre ante tí. Haz que mis votos, y los de mi señora se vean cumplidos. Lo son efectivamente los de mi señora y aun más los mios. Ha conquistado la palma; me resta ganar la mia.» La bella ha sonreido, y su chispeante mirada ha prometido alguna cosa. Por ahora es bastante: en otra parte darás el resto.

ELEGÍA TERCERA.

ARGUMENTO.

A su amiga, que habia faltado á sus juramentos.

¿En adelante creeré que hay dioses? Ella ha hecho traicion á la fé jurada, y su belleza es la misma que antes! Tan larga como era su cabellera antes que tomase por testimonio á los dioses, tan larga es hoy dia en que los ha engañado.

Las rosas se mezclaban á la blancura de su color, y su tez ostenta aun el matiz de las rosas.

Tenia un pequeño pié, y su pié es aun lo que tiene de más lindo. Su talle era á la vez noble

y gracioso; noble y gracioso es aun su talle. Los ojos relumbrantes que tan frecuentemente me han engañado, los ojos, semejantes á dos astros, lanzan aun los mismos fuegos.

Así los mismos dioses permiten el perjurio á las bellas, y la misma belleza es una diosa. No há mucho, no lo he olvidado, ella juraba por sus ojos y los mios; y los mios han vertido lágrimas. ¡Oh dioses! si la perfidia ha podido abusar de vosotros impunemente, decid, ¿por qué me habeis penado de su crímen? pero no temeis en hacer condenar á muerte á la hija de Cefea, para castigar en ella el orgullo de su madre. Si no es bastante que yo haya encontrado en vosotros testigos sin valor, y que ella triunfe hoy dia de haberos engañado, al mismo tiempo que á mí; ¿será menester aun que sufra yo la pena de su perjurio, que yo sea á la vez víctima y responsable de su perfidia?

O la divinidad no es más que un nombre sin realidad, una quimera imaginada para espantar la necia credulidad de los pueblos; ó si hay un Dios, no es favorable mas que á las bellas y les dá muy exclusivamente el derecho de atreverse á todo. Solo contra nosotros se arma Marte con homicida

espada; solo contra nosotros Pálas vuelve su formidable lanza. Contra nosotros solo dirije Apolo sus flechas: contra nosotros amenaza el rayo en la mano soberana de Júpiter. Los dioses no osan penar las ofensas de las bellas, y, no habiendo sabido hacerse temer, son los que las temen. ¿Y aun irán á quemar incienso en sus altares? No, los hombres deben tener más corazon.

Júpiter fulmina contra los bosques y las ciudadelas, y prohibe á su trueno alcanzar á las mujeres perjuras. En presencia de tantos culpables, la desgraciada Semelé es la sola quemada por el rayo: su complacencia es la causa de su suplicio. Si hubiera evitado la visita de su amante, el padre de Baco no hubiese sido cargado del peso que debia llevar su madre.

Mas ¿por qué estos reproches y esta guerra que hago á todo el cielo? Los dioses tienen ojos como nosotros, y como nosotros tienen corazon. Yo mismo, si fuera un dios, no me ofenderia de que una mujer engañara mi divinidad con una mentira. Atestiguaria con un juramento la verdad de los juramentos de una bella, y no pasaria por un dios uraño.

Tú, sin embargo, jóven belleza, usa más moderadamente de la proteccion de los dioses, ó al menos evita la vista de tu amante.

ELEGÍA CUARTA.

ARGUMENTO.

Exhorta á un marido á no hacer vigilar tan severamente á su mujer.

Intratable esposo, tú has atado un guardian á los pasos de tu jóven compañera: ¡pena inútil! el guardian de una mujer es su virtud. Es solo casta aquella que no se vé obligada á serlo por el temor y la que es fiel á la fuerza no es verdaderamente fiel. Gracias á tu contínua vigilancia, su cuerpo ha podido quedar intacto; su corazon es adúltero. No se sabria guardar una alma á despecho de ella, y los cerrojos entonces nada valen. Por bien que cierres las entradas de tu casa, el adúltero penetrará: quien impúnemente puede cometer algunas faltas comete menos: el poder de hacer mal enfria el deseo. Cesa, créeme, de incitar al vicio prohibiéndolo: triunfarás mucho mejor por la complacencia.

Yo ví no há mucho un corcel rebelde al freno ponerse furioso y dispararse como el rayo: despues se detuvo de un golpe, desde que sintió las riendas flotar muellemente sobre su larga crin. Nosotros corremos siempre á lo que es prohibido, y deseamos lo que se nos rehusa. Así el enfermo desea el agua que le es vedada.

Argos tenia cien ojos en la cabeza y en la frente, y solo el amor supo frecuentemente engañarle. La roca y la arena componian la imperecedera torre donde Danae fue encerrada vírgen, y allí llegó á ser madre. Penélope, sin estar guardada, quedó pura en medio de tantos jóvenes adoradores.

Cuanto más cuidadosamente se guarda una cosa, más la deseamos: la vigilancia no es más que una provocacion al ladron: pocas gentes aman los placeres permitidos. No es la belleza de tu esposa, es tu amor lo que hace buscarla; se la supone no sé qué atractivos que te cautivan. Una mujer guardada por su marido, no sea virtuosa, sino que sea adúltera, y es codiciada. Los peligros que acompañan á la posesion son más preciosos que la posesion misma. Soy sedicioso, si tú quieres, yo no

amo más que los placeres prohibidos. Agrádame solo aquella que puede decir: «Tengo miedo.» Y en tanto está permitido tratar como esclava á la mujer que ha nacido libre, no usamos de esta tiranía más que con las mujeres de naciones extrañas. Tú sin duda quieres que su guardian pueda decir: «Eso es gracias á mí.» ¡Ah, bien! Si tu esposa es casta, que el honor sea todo para tu esclavo.

Es ser muy tonto, ofenderse del adulterio de una esposa: es conocer muy poco las costumbres de la ciudad en donde no nacieron sin crímen Rómulo y Remo, hijos de Marte y de Ilia. Por qué tomarla bella si la quieres virtuosa? virtud y belleza no sabrian ir en compañía.

Si tú haces bien, ten un poco de indulgencia, deja ese aire severo, y no hagas prevalecer tus derechos como un esposo rígido. Acepta los amigos que te dé tu esposa; ella te dará muchos; así es como se obtiene sin trabajo un gran crédito. A este precio tendrás siempre sitio en los banquetes de una juventud juguetona, y encontrarás en tu casa mil objetos que no te habrán costado nada.

ELEGÍA QUINTA.

ARGUMENTO.

Sueño.

Era de noche, y el sueño habia cerrado mis fatigados ojos, cuando una vision vino á traer el terror á mi alma.

Sobre la vertiente de una colina expuesta al Mediodía, habia un bosque sagrado lleno de robles, cuyas frondosas ramas servian de abrigo á millares de aves. Más abajo se extendia un llano, revestido del más verde césped, y regado por un arroyo que allí arrastraba sus aguas con dulce susurro.

A la sombra de un frondoso roble traté de huir del calor; pero este se hacia sentir á la misma sombra de los frondosos árboles. Hé aquí que, paciendo en el césped sembrado de mil diversas flores, se ofreció á mis miradas una blanca vaquilla, una vaquilla más blanca que la nieve caida de reciente y que no ha tenido tiempo de transformarse en agua límpida; más blanca que la

tremente espuma de la leche de la oveja que se acaba de ordeñar.

Junto á ella estaba un toro, su dichoso esposo. Se acostó á su lado, sobre el espeso tapíz de verdura. Así muellemente tendido, rumia lentamente la tierna yerba, y se alimenta segunda vez de su primer alimento; luego el sueño le quitó sus fuerzas, y creí verle dejar caer en tierra su cabeza armada de cuernos, no pudiendo sostenerla.

Al mismo tiempo ví una corneja, hendiendo rápidamente los aires, descender graznando, sobre el verde césped. Tres veces hundió el pico audaz en el pecho de la vaquilla, tres veces arrancó como copos de nieve. Despues de una larga resistencia, abandonó aquella el sitio y el toro; pero su blanco pecho dejaba vislumbrar una mancha negra. Desde que ella vió otros toros que pascían á lo lejos sabrosos pastos (porque efectivamente otros toros á lo lejos pascían) corrió á mezclarse entre ellos y tomar su parte de las riquezas de un suelo más fértil.

«Oh tú, intérprete de los sueños de la noche, exclamé, si el mio encierra alguna verdad, dime lo que significa.» Entonces el intérprete de los

sueños de la noche, reflexionando sobre todos los detalles de mi sueño, me dió esta respuesta:

«El calor de que procuras guardarte á la sombra del follaje, y que no alcanzas evitar, es el fuego del amor. La vaquilla, es tu señora: tu señora es blanca como ella, tú eres el toro que seguia su compañía. La corneja, cuyo agudo pico se hundía en el pecho de la vaquilla, es aquel viejo pervertidor que corrompió el corazon de tu amante. La tenaz resistencia de la vaquilla que abandona en seguida á su toro, es el alejamiento de tu señora, quien no calentará de nuevo tu solitaria cama. Las manchas negras que afean el pecho del animal es el signo del adulterio que deshonra el corazon de tu bella.»

A estas palabras del intérprete, mi sangre huia de mi helado rostro, y ante mis ojos se extendia una profunda noche.

ELEGIA SEXTA.

ARGUMENTO.

A un rio que crecía de repente de una manera prodigiosa, y se oponia al paso del poeta, ansioso de llegar cerca de su señora.

Rio cuyas cañas obstruian las riberas cenagosas, vuelo cerca de mi señora: deten un momento el curso de tus aguas. Tú no tienes ni puente, ni barca, que sin remero me lleve á la otra ribera, con ayuda solamente de un cable.

No há mucho, recuerdo que eras pequeño: no he temido vadearte á pié, y la superficie de tus aguas apenas mojaba mis talones. Hoy dia, has crecido por el deshielo de las nieves de la montaña vecina, te precipitas con furia, y por tu cauce cenagoso, arrastras profundas aguas.

¿Qué ventaja me trae ser tan apresurado, haber otorgado tan poco tiempo al sueño, haber hecho de la noche dia, si es preciso que me detenga aquí, si no hay medio para mí de poner el pié en la otra ribera? ¡No tener yo en este momento las alas del héroe hijo Danae, cuando lle-

vaba la cabeza de Medusa, erizada de mil serpientes! ¡No tener yo aquí el carro de Triptoleme, quien, el primero, enseñó á los salvajes humanos el arte de confiar á la tierra las semillas de Céres! Estos prodigios, ¡ay! jamás han existido mas que en la imaginacion de los antiguos poetas: ni se han visto, ni se verán. Pero tú, rio desbordado, (¡ojalá en recompensa sea eterna tu corriente!), vuelve otra vez á tus primeros límites. No podrás, créeme, llevar el peso del ódio público, si se sabe que tú has detenido los pasos de un amante.

Los rios deberian secundar á los jóvenes enamorados; los mismos rios han sentido lo que es el amor. El pálido Inaco se prendó, segun dicen, de los encantos de Melia, ninfa de Bithinia, y se abrasó por ella, hasta en sus frias aguas. Troya no habia aun sostenido sus diez años de sitio, oh Xantho, cuando Nerea fijó tus miradas. ¿Qué hizo recorrer á Alfeo tantos paises diversos? ¿no fué su amor por una vírgen de Arcadia? Y tú, Penea, cuando Créusa estaba prometida á Xantho, tú la tenias, se dice, escondida en los campos de la Phthiótida. ¿Hablaria yo de Asopo, prendado de los encantos de la guerrera Thebe, Thebe que

debia dar á luz cinco hijos? Y tú, Acheloe, si te pregunto dónde están hoy tus cuernos, me dirás con dolor que la mano de Hércules con ira los ha cortado. Esto que no lo hubiese hecho Hércules por Calydon, que no lo hubiese hecho por Etolia misma, lo hizo por la sola Dejanira. El Nilo, ese rico rio que precipitándose por siete embocaduras, tan bien oculta el orígen de sus fecundas aguas, dicen que no pudo en sus profundos atolladeros, matar la llama que le consumia por Evadna, hija de Asopo. Enipea, para poder abrazar á la hija de Salmoneo sin inundarla, Enipea ordenó á sus aguas retirarse, y á su vez las aguas se retiraron. No te olvidaré tampoco, á tí que, huyendo á través de las rocas que has socavado, riegas con tus aguas espumosas los campos del argeo Tiber; ni á tí á quien agradó Ilia, toda descuidada como estaba en su compostura, despues de haberse arrancado los cabellos y golpeado el rostro con sus uñas. Llorando el sacrilegio de su tio y el atentado de Marte, vagaba ella, con los piés desnudos, en los caminos solitarios. Del seno de sus rápidas ondas, el rio generoso la descubrió, y levantando la cabeza por encima de las olas, le dijo una voz

sonora: «¿Por qué vagar en mis riberas, con un aire inquieto, Ilia, descendiente de la sangre del Ideo Laomedonte? ¿Qué has hecho de tus adornos? ¿dónde dirijes tus pasos solitarios? ¿por qué la blanca cintilla no retiene tus desordenados cabellos? ¿por qué llorar y ajar con esas lágrimas el brillo de tus ojos? ¿por qué, en tu delirio, te golpeas así el pecho? Tiene un corazon de roca ó bronce, quien puede ver, sin conmoverse, un rostro encantador regado por las lágrimas. Ilia, cesa de temer; mi palacio estará abierto para tí: mis ondas te protejerán: Ilia, cesa de temer. En medio de más de cien ninfas, tú sola serás reina; porque más de cien ninfas habitan en el fondo de mis aguas. No me desdeñes, es todo lo que te pido, ilustre vástago de Troya. Mis presentes serán superiores á mis promesas.»

Así habia dicho; é Ilia, con los ojos dirigidos humildemente hácia tierra, bañaba con lágrimas su conmovido seno. Tres veces trató de huir; tres veces se detuvo en el borde de las profundas aguas, el temor le quitó la fuerza para correr. Por último, sin embargo, arrancándose los cabellos con mano enemiga, dejó escapar de su boca balbu-

ciente estas lamentables palabras: «Oh! pluguiese al cielo que mis huesos hubiesen sido recogidos y encerrados en el sepulcro de mi familia, cuando eran aun los de una vírgen! ¿Por qué invitarme al himeneo, á mí, vestal ayer, hija infame hoy dia, indigna en adelante de velar el fuego sagrado de Ilion? ¿Qué espero aun? Ya se me señala con el dedo como á una adúltera. Perezca conmigo el pudor que no me permite levantar los ojos sin sonrojarme!» Dijo, y cubriendo con su ropa sus hermosos ojos llenos de lágrimas, se precipitó desesperadamente en medio de las olas. El rio, dicen, la sostuvo, llevando amorosamente la mano bajo su pecho, y la admitió en su lecho, como á esposa.

Tú mismo, es probable que te hayas tambien consumido por alguna bella: pero los bosques, las selvas, están allá para ocultar tus crímenes. Mientras que hablo, tus olas van engrosando siempre, y tu lecho, tan largo como es, no basta para contener las aguas que á él afluyen de todas partes. ¿Qué he de disputar contigo, rio furioso? ¿Por qué diferir los placeres de dos amantes? ¿Por qué detenerme tan brutalmente en medio de mi cami-

no? Si á lo menos tú corrieras, no debiendo más que á tí tus olas orgullosas, y envanecido de un nombre conocido por el universo entero! un nombre... tú no tienes: tus ondas, las debes á miserables arroyos. Tú no has tenido nunca ni orígen, ni morada cierta. Tu orígen, en tí, son las lluvias y las nieves derretidas; riquezas que debes al perezoso invierno. O llevas espumosas aguas durante la estacion de las escarchas, ó tu lecho no es durante el estío más que un sulco ávido y pútrido. ¿Qué viajero ha podido entonces encontrar en él jamás bastante agua para extinguir su sed, y decirte en su reconocimiento: «¡Sea eterno tu curso!»

Tu curso es funesto á los rebaños, más funesto aun á los campos. Otros, quizá, serán sensibles á estos males: yo no lo soy mas que á los que sufro. ¡Qué insensato soy! ¡Le he contado los amores de los rios! Tengo vergüenza de haber pronunciado tan grandes nombres delante de un tan pobre arroyo. ¿En qué pensaba yo, pues, al citar delante de él los nombres de Acheloon é Inaco y el tuyo, Nilo de dilatadas ondas?

¡Pero tú, torrente cenagoso, bien lo mereces,

ojalá no veas más que estíos abrasadores é inviernos siempre secos!

ELEGIA SÉPTIMA.

ARGUMENTO.

Contra él mismo, por haber caido en falta con su querida.

Pero esta muchacha no es bella, ni atractiva. Por eso no ha sido pues bastante largo tiempo el objeto de mis deseos! Oh vergüenza! la he tenido en mis brazos, perdiendo el tiempo: en su lecho me he quedado, como una masa inerte, sin fuerza y sin accion. A pesar de todos mis deseos, á pesar de los deseos de mi bella, no he podido despetar mi extenuado órgano del placer. Ella tuvo cuidado en pasar con tiento al rededor de mi cuello sus brazos de marfil, más blancos que la nieve de Tracia; ella tuvo cuidado en luchar su lengua amorosa contra la mia ávida, y meter bajo mi muslo su muslo lascivo; por más que me prodigaba los nombres más tiernos, me llamaba su vencedor, añadia todo lo que se repite en semejante

caso para excitar la pasion, mi órgano adormecido, como si hubiera sido frotado con la fria cicuta, no supo llenar su deber. Quedé como un tronco sin vigor, como una estátua, como una masa inútil, al punto que ella ha podido dudar si yo era un cuerpo ó una sombra.

¿Qué haré cuando viejo, suponiendo que llegue, si mi juventud cae en tal defecto? ay! tengo vergüenza de mi edad: soy jóven, soy hombre, y no he podido probar á mi señora que soy jóven, que soy hombre. Ella ha abandonado su lecho como la piadosa sacerdotisa que vela por la conservacion del fuego eterno de Vesta, tal cual una casta hermana abandonando á un hermano querido. Poco antes, sin embargo, dos veces pagaba mi débito con la rubia Chie, tres veces con la blanca Pitho, tres veces tambien con Libas; y, acosado por Corina, en una corta noche, nueve veces, recuerdo, tengo librado el combate.

¿Es la virtud mágica de un veneno Thessálico el que embota hoy dia mis miembros? ¿es un encantamiento, una yerba venenosa, lo que me reduce á un tan triste estado? ó bien una hechicera habrá grabado mi nombre sobre la cera roja, y me

habrá hundido una aguja en el hígado? Los tesoros de Céres, golpeados por un encantamiento, no son más que una yerba estéril; golpeados por un encantamiento los manantiales de agua viva se secaron; bajo el peso de un encantamiento la bellota se desune del roble, el racimo cae de la viña, y los frutos abandonan el árbol sin que se les sacuda. ¿Quién niega que el arte mágico paralice tambien los nervios? Quizá á él debo haber sido de hielo. A esto añadid la vergüenza; la misma vergüenza me quitaba mis medios; ella fué la segunda causa de mi impotencia.

¡Qué belleza, en tanto, se ofrecia á mis miradas, á mis tocamientos! Porque la toqué como la túnica que la cubre. El rey de Pilos, á este dulce contacto, habria podido rejuvenecer, y Tithon se sentiria con fuerzas superiores de su edad. Encontré en ella una mujer: ella no encontró en mí un hombre. ¿A qué nuevos votos, á qué súplica recurrir hoy dia? Sin duda despues del vergonzoso uso que tengo hecho, los dioses están arrepentidos de haberme otorgado un tan raro presente. Me deshacia por ser admitido cerca de aquella bella; y he sido admitido; por darla besos, y se los he

dado; por obtener todos sus favores, y los he obtenido. ¿De qué me ha servido ser tan dichoso? ¿De ser rey sin reinar? Avaro en medio de las riquezas, no he tenido de tantos tesoros mas que la posesion y no el goce! Así abrasa de sed, en medio de las aguas, al indiscreto Tántalo; así vé al rededor suyo frutos que no obtendrá jamás; así el marido deja en la madrugada á su cariñosa esposa, para aproximarse santamente al altar de los dioses.

Pero quizá ella no me ha prodigado sus más dulces y ardientes besos; quizá ella no lo ha puesto todo en obra para estimularme. Los más robustos robles, el diamante más duro, los más escabrosos peñascos, hubiese podido ella animarlos con sus caricias. Hubiese podido mover todo sér dotado de vida, todo lo que es hombre; pero entonces yo no era un sér vivo, ni un hombre. ¿Qué placer producirian á un sordo los cantos de Femio? ¿qué placer causaria un cuadro al desgraciado Thamyras?

¡Qué deleites, empero, no me tenia yo prometidos en secreto! ¡qué série de placeres, qué variedad de goces no habia imaginado! y mis

miembros, ¡oh vergüenza! han quedado como muertos, más lánguidos que la rosa cogida de la víspera. Al presente hé ahí que intempestivamente se reaccionan y vuelven á la vida; hélos ahí que piden obrar y prestar de nuevo su servicio. ¿No quedas confundida de vergüenza, oh parte la más vil de mí mismo? así es como he sido juguete de tus promesas. Por tí mi señora ha sido engañada, por tí me encuentro caido en falta, por tí he probado la más sensible afrenta, el más grave daño.

Y no obstante mi bella no desdeñó aguijonear con su mano delicada; pero, viendo que todo su arte no puede nada, que el órgano, olvidando su antigua arrogancia, se obstina en recaer impotente sobre sí mismo. «¿Por qué, dice ella, te burlas de mí? ¿Quién te forzaba, insensato, á venir, á pesar tuyo, á acostarte en mi cama? ó bien un mágico de Ea, con su aguja y su lana, te ha hechizado: ó tú vienes enervado de los brazos de otra.»

Al instante se arrojó de la cama, apenas vestida con su túnica lijera, y no titubeó en escaparse con los piés desnudos; y no queriendo que sus camareras dudaran de si salia intacta del combate, tomó agua, para disimular la afrenta.

ELEGIA OCTAVA.

ARGUMENTO.

A su señora que habia preferido un amante más rico que Ovidio.

¿Y quién contará ahora con las bellas artes para cosa alguna? ¿Quién otorgará algun valor á tiernos versos? El génio era en otro tiempo más precioso que el oro: hoy dia es más bárbaro que el no tener nada. Mis libros han tenido la dicha de gustar á mi señora: la ventaja de ser admitidos cerca de la misma han tenido ellos; yo no la tengo. Despues de haber prodigado elogios al poeta, ella le tiene, á pesar de estos elogios, cerrada su puerta. Con todo el ingenio que se me concede, se me deja, confuso, vagar á la ventura. Vese un rico advenedizo que debe su fortuna á sus heridas, y su título de caballero á la sangre de que está mantenido, y se le antepone á mí.

¿Puedes, insensata, abrazarle con tus bellos brazos? ¿Puedes, insensata, echarte en los suyos? si tú lo ignoras, un casco cubria no mucho esa cabe-

za; una espada pendía de ese costado que te es tan adicto. Su mano izquierda, en la cual sienta mal ese anillo de oro, ha llevado un escudo: toca su mano derecha, está bañada en sangre. Esa mano homicida ¿puedes bien tocarla? ¿Qué se ha hecho ¡ay! la ternura de tu corazon? Cuenta aquellas cicatrices, señales de sus antiguos combates: cuanto posee lo ha adquirido con el precio de su sangre. Quizá te cuente cuántos hombres ha degollado; y tú, avara, tocas manos tan crueles! Y yo, sacerdote inocente de Apolo y de las Musas, dirijo inútilmente versos á tu inflexible puerta!

Aprended, vosotros que sois sábios, no á saber lo que nosotros sabemos para nuestro mal, sino á seguir los ejércitos tumultuosos y el curso de los combates. En lugar de ser un poeta de génio, sed primer centurion. Con este título solamente, podrias, si quisieses, Homero, obtener los favores de la belleza. Júpiter que sabia que nada es tan poderoso como el oro, fué bajo la forma del mismo el precio de una vírgen seducida. En tanto que no dió nada, encontró un padre intratable, una hija inflexible, puertas de hierro, una torre de metal; pero cuando el seductor, mejor enterado, se mostró

bajo la forma de un presente, la bella descubrió su seno, é invitada á someterse, se sometió.

En otro caso se encontraba bajo el reinado del viejo Saturno: todos los metales estaban profundamente sepultados en las entrañas de la tierra; el cobre como la plata, y el oro como el hierro, tocaban al imperio de los Manes; no se veian tesoros amontonados; pero los que daba la tierra eran más preciosos; habian ricas mieses sin cultivar, frutos en abundancia y miel pura depositada en los huecos de los robles. Nadie se fatigaba en surcar los campos con el arado: no habia agrimensor que viniese allí á trazar los lindes: no habia remeros que azotasen las embravecidas olas del mar: sus riberas eran para los mortales, los límites intransitables del mundo.

¡Oh hombre! contra tí has vuelto tu industria; has sido demasiado ingenioso para crearte mil males. ¿Qué has ganado en cercar las ciudades de murallas y torres? ¿Qué has ganado en armar la una contra la otra, enemigas manos? Dí, ¿qué tenias que debatir con el mar? la tierra podia bastarte. El cielo es un tercer reino por conquistar. ¿Por qué no lo atacas? ¿Qué digo? tú aspiras tanto

cuanto de tí pende, á alcanzarlo. Quirino, Baco, Alcides y César tras ellos, tienen cada uno su templo.

Nosotros cavamos la tierra para sacar el oro macizo en lugar de mieses. El soldado posee los tesoros adquiridos al precio de su sangre. El Senado está cerrado para los pobres ; la riqueza dá los honores. Ella es tambien la que dá tanta gravedad al juez, tanta arrogancia al caballero. En hora buena que solo ellos lo posean todo; que dispongan como soberanos del campo de Marte y del Foro; que guarden para sí el derecho de decidir la paz ó la guerra! A lo menos su concupiscencia no llegue hasta el extremo de arrebatarnos nuestros amores. Todo lo que se les pide, es que permitan á los pobres tener alguna cosa.

Pero hoy dia una mujer, aunque fuese tan inflexible como las Sabinas, es tratada como pais conquistado por cualquiera que está en el caso de dar mucho. El guardian de la bella me rechaza; ella misma teme por mí á su marido. Si enseño oro, ya no hay guardian, ya no hay marido en toda la casa. Oh! si existe un Dios vengador de las afrentas del amante, que reduzca á polvo riquezas tan mal adquiridas!

ELEGIA NOVENA.

ARGUMENTO.

Sobre la muerte de Tíbulo.

Si la madre de Memnon, si la madre de Aquiles han llorado la muerte de sus hijos; si las más grandes diosas no son insensibles á los golpes de la suerte, tú tambien, plañidera Elegía, deja caer tus cabellos en desórden. Tu nombre, ¡ay! no te convendrá nunca mejor que en este momento.

Este poeta que tú inspirabas y que fue tu gloria, Tíbulo, no es más que un cuerpo sin vida, que la llama de la pira vá á consumir. Mira, el hijo de Venus lleva su carcax derribado, los restos de su arco y sus hachas apagadas. Ved cómo marcha triste con las alas caidas; cómo hiere con su mano cruel su desnudo pecho. Sus lágrimas se derraman sobre los cabéllos esparcidos que flotan sobre su cuello; su boca deja oir sollozos entrecortados. Tal, para asistir á los funerales de su hermano Eneas, salió de tu palacio, encantadora Jule. La misma Vénus no se conmòvió menos por la muerte de Tíbulo que por la de su jóven aman-

te, cuando le vió desgarrado por un feroz jabalí.

Y no obstante, á los poetas, se nos llama séres sagrados, favoritos de los dioses. No falta quien nos mira como si hubiera en nosotros algo divino. Mas ¡ay! la despiadada muerte profana todo lo sagrado, á todos alcanza su invisible mano. ¿Qué sirvieron á Orfeo el Ismario, ni su padre ni su madre? ¿Qué le sirvió haber domado y hecho sensibles á sus cantos los animales más feroces? Lino debia la vida al mismo padre, y Lino fue, dicen, llorado sobre la lyra en lo más retirado de las selvas. Añadid al cantor de Meonia, ese manantial inagotable donde vienen á beber y á inspirarse los poetas. Tambien ha tenido su último dia, que le ha precipitado al fondo del negro Averno. Solo los versos escapan á la llama de la ávida pira. La obra del poeta es imperecedera: siempre se hablará del sitio de Ilion y de aquella tela famosa, que, gracias á una astucia nocturna, duró tan largo tiempo sin concluir. Así el nombre de Némesis, así el nombre de Delia será eterno: la una, última amante de Tíbulo, y la otra, su primer amor.

¿De qué os sirven los sacrificios ofrecidos á

los dioses? ¿De qué os sirven los sistros (1) de los egipcios? ¿De qué os sirve no haber admitido á nadie en vuestra cama? Cuando veo á los más virtuosos arrastrados por un destino cruel, perdonadme esta idea, estoy tentado de creer que no existen dioses. Vivid piadosamente; á pesar de vuestra piedad, morireis; honrad la religion; la despiadada muerte os arrancará de los templos, tan religioso como sois, para precipitaros en el sepulcro. Contad con vuestro génio poético; hé ahí á Tíbulo muerto: de un tan grande poeta, apenas queda con qué llenar la más pequeña urna.

Qué! es á tí, poeta sagrado, á quien acaba de consumir la llama de la pira, y no teme alimentarse de tus entrañas! Habrá podido consumir los templos dorados de los más augustos dioses esa llama que fue para tí tan culpable. La diosa del monte Erycis desvió sus miradas; tambien dicen que ella no pudo retener sus lágrimas.

Y sin embargo, la suerte del poeta era menos de lamentar que si, muerto en el pais de los Feacianos, hubiese sido enterrado sin honor y sin

(1) Instrumento músico.

nombre. Aquí al menos una madre ha cerrado sus ojos cubiertos de las sombras de la muerte, y llevado sus últimos dones á las cenizas de su hijo. Aquí al menos una hermana ha partido el dolor de su desgraciada madre, y, agarrándose los cabellos, ha venido á llorar junto á él. Némesis y Delia han dado ambas á tus lábios un último beso, y no han dejado un instante tu pira abandonada. Delia decia alejándose: «Yo soy la que ha hecho tu amor más dichosa: tú vivias cuando yo era el objeto de tu llama.—¿Qué dices tú? replica Némesis. ¿Te toca llorar la pérdida que yo he experimentado? A mí es á quien al morir ha estrechado la mano con la suya desfallecida.»

Si no obstante queda de nosotros alguna otra cosa que un nombre y una sombra, Tíbulo habitará en los risueños valles de Elíseo. Ven á su encuentro, con la frente coronada de yedra, ven aquí con tu querido Calvo, jóven y docto Catulo. Y tú tambien, si te acusan injustamente de haber ofendido á un amigo, ven aquí, Galo, pródigo de tu sangre y de tu vida.

Vé ahí las sombras que deben juntarse á la tuya, si todavía la sombra de un cuerpo es alguna

cosa; porque á sus cantos de amor tú has unido los tuyos, elegante Tíbulo. Que tus huesos descansen tranquilos y á salvo en la urna! ¡Que la tierra sea lijera á tu ceniza!

ELEGIA DÉCIMA.

ARGUMENTO.

A Céres: se lamenta de que no le sea permitido asistir á sus misterios con su señora.

Vé aquí el aniversario de las fiestas de Céres; la jóven bella reposa sola en su lecho no dividido. Rubia Céres, cuya fina cabellera es coronada de espigas, ¿por qué, pues, el dia de tu fiesta, nos privas tú el placer? Sin embargo, oh diosa, las naciones hablan de tu munificencia, y ninguna otra divinidad es más propicia á los mortales.

Antes de tí, los groseros habitantes de los campos no cocian pan, y el área era un nombre desconocido entre ellos. Pero los robles, primeros oráculos, producian la bellota: la bellota y la yerba tierna eran todo el alimento de los mortales. Céres,

la primera, les enseñó á confiar á la tierra el grano que debia allí multiplicase, y á segar con la hoz las espigas doradas; la primera que forzó á los toros á llevar el yugo, y partió, con el corvo diente del arado, la tierra largo tiempo ociosa. ¿Quién podria creer, despues de esto, que quiera ver correr las lágrimas de los amantes, y ser honrada con sus tormentos y su continencia? Ciertamente que para gozar la vida activa de los campos no tiene aspereza, y su corazon no está cerrado al amor. Tomo por testigo á los cretenses, y todo no es pura fábula en esta Creta tan ufana por haber alimentado á Júpiter. Allí se crió el soberano del imperio celeste: allí mamó con infantiles lábios una leche bienhechora. Los testigos son aquí dignos de fé: su hijo de leche es el que garantiza su veracidad. y Céres convendrá, segun creo, en una debilidad muy conocida.

La diosa habia visto, al pié del monte Ida, al jóven Yasio, cuya mano segura cazaba las bestias feroces. Ella lo vió, y de pronto un fuego secreto se introdujo en sus venas delicadas. De un lado el pudor, y de otro el amor se disputaban su corazon; el amor triunfó del pudor. Desde entonces hubié-

seis visto secarse los surcos; y la tierra apenas dió tantos granos como se la habian confiado. Despues de haber, con ayuda de azadas, revuelto bien sus campos, y abierto, con la reja del arado, el regazo rebelde de la tierra; despues de haberla en todas partes igualmente sembrado el confiado labrador veia defraudados sus deseos.

La diosa que preside á las mieses vivia retirada en lo más espeso de las selvas. Las coronas de espigas se habian desprendido de su larga cabellera. La Creta sola tuvo un año fértil y cosechas abundantes. Todos los lugares por donde la diosa habia pasado, estaban cubiertos de mieses. La misma Ida habia visto sus bosques llenarse de espigas amarillentas, y el feróz jabalí se alimentaba de trigo. El legislador Minos deseó muchos años semejantes; deseó que el amor de Céres fuese de larga duracion.

La pena que tú hubieras experimentado, rubia diosa, si te hubiese sido preciso descansar lejos de tu amante, estoy precisado á sufrirla en este dia consagrado á tus misterios. ¿Por qué es necesario que esté triste, cuando tú has vuelto á encontrar á una hija, á una reina que no es inferior á Juno

mas que por el capricho de la suerte? Los dias festivos invitan á la voluptuosidad, á los cantos y á los festines: tales son los presentes que conviene ofrecer á los dioses señores del universo.

ELEGIA UNDÉCIMA.

ARGUMENTO.

Cansado en fin de los numerosos desprecios de su señora, el poeta hace aquí el juramento de no volver á amar.

Mucho y por mucho tiempo he sufrido: tu perfidia ha puesto á prueba mi paciencia. Huye de mi fatigado corazon, vergonzoso amor! Esto es hecho, me he sustraido al yugo, y he quebrantado mis cadenas: estos hierros que llevé sin vergüenza, tengo vergüenza al presente de haberlos llevado. Triunfo y pisoteo al Amor vencido. Es muy tarde, es verdad, que el bochorno me sube á la cara. Vamos, valor y energía! Estos males tendrán un dia su recompensa. Los enfermos han debido frecuentemente su curacion á los venenos más amargos.

Qué! yo he podido, yo, despues de tantas humillaciones, olvidarme hasta el punto de dormir en el suelo de tu puerta! Qué! yo he podido, yo, para no sé cuál amante que tú estrechabas entre tus brazos, hacerme, como un esclavo, el guardian de la casa que me estaba cerrada! Yo mismo lo he visto salir fatigado de tu casa, con el paso de un veterano gastado por el servicio. Aun he sufrido menos de verlo que de ser visto. ¡Ojalá semejante afrenta sea reservada para mis enemigos!

¿Cuándo has pàseado tú sin encontrarme á tu lado, á mí, tu guardian, á mí, tu amante, á mí, tu inseparable compañero? mucho agradabas á las gentes, acompañada por mí; y mi amor te ha valido buen número de amantes. ¿Por qué recordaré los vergonzosos engaños de tu mentirosa lengua, y los dioses testigos de tantos juramentos violados para perderme? ¿Por qué diré aquellas señas de inteligencia, dirigidas durante la corrida, á jóvenes amantes, y aquellos términos convencionales para disfrazar el sentido de nuestras palabras? Un dia se me dijo que ella estaba enferma: yo corro á su casa enteramente perdido, enteramente fuera de mí; llego y no estaba enferma para mi rival.

Vé ahí, sin hablar de otras muchas, las afrentas que he tenido que sufrir frecuentemente. Busca hoy dia otro que pueda soportarlas en mi lugar. Ya mi popa, adornada de una corona votiva, vé, sin conmoverse, el fracaso de las olas que se levantan tras ella. Basta de caricias y de palabras otras veces poderosas: es trabajo perdido: no soy tan loco como lo fuí. Siento luchar en mi corazon, muy lijera y diversamente agitado, el amor á la vez y el ódio: y si no me engaño es el amor quien le enoja. Yo aborreceré, si puedo; si no yo amaré únicamente mi defendido cuerpo. El toro tampoco ama el yugo: lo aborrece y sin embargo lo lleva.

Huyo de su perfidia: su belleza es la que vuelve mis pasos hácia atrás. Aborrezco los vicios de su alma; amo los hechizos de su cuerpo. Así yo no puedo vivir ni sin tí, ni contigo; y yo mismo no sé lo que deseo. Yo querria que tú fueses ó menos bella ó menos pérfida. Tantos hechizos se aunan mal con tanta perversidad. Tu conducta escita el ódio, tu belleza encomienda al amor. Desgraciado soy! sus atractivos pueden más que sus defectos.

Perdóname, yo te conjuro por los derechos de

aquella cama que nos fué comun, por todos los dioses (¡pudiesen frecuentemente dejarse engañar por tí!), por tu semblante que adoro como una divinidad poderosa, por tus ojos que han cautivado los mios: como sea, siempre serás mi amiga. Escoje solamente si quieres que te ame por gusto ó por fuerza. ¡Ah! despleguemos cuanto antes las velas y aprovechemos los vientos favorables; porque á pesar de mis esfuerzos, no me veria yo menos obligado á amar.

ELEGIA DUODÉCIMA.

ARGUMENTO.

Siente que sus escritos hayan dado demasiado á conocer á su bella.

Decidme, lúgubres aves, ¿qué dia fué aquel en que no me augurásteis sino amores desgraciados? ¿Qué astro supondré sea hostil á mis deseos? ¿Qué dioses debo acusar de hacerme la guerra? Aquella que no há mucho se llamaba toda mia; aquella de quien fuí el primero y solo amante, temo no poseerla sino con mil rivales.

¿Me engañé? ¿O es que mis escritos no la han hecho demasiado conocer? Ella era toda mia; mi genio poético ha hecho de ella una cortesana. Y yo lo he merecido: ¿tenia yo necesidad, en efecto, de preconizar su belleza? si ella se vende hoy, la falta es mia. Por mi mediacion ella agrada: soy yo quien le trae amantes; mis propias manos le abren la puerta. ¿Son útiles los versos? esta es una cuestion: ciertamente ellos me han sido siempre funestos; son los que han atraido sobre mi tesoro las miradas de la envidia.

Cuando yo podia cantar á Thebas, Troya ó los altos hechos de César, solo Corina encendió mi genio. ¡Ojalá las Musas hubiesen sido rebeldes á mis primeros esfuerzos, y Febo me hubiese abandonado en medio de mi carrera! Y sin embargo, como es costumbre tomar por testigos á los poetas, que hubiese preferido que la medida hubiera faltado á mis versos.

Nosotros somos los que hemos mostrado á Scyla, arrancando á su anciano padre el cabello fatal, condenada á ver salir de sus entrañas perros furiosos. Somos nosotros quienes hemos puesto alas á los piés, y dado serpientes á la cabellera. A

nosotros debe el victorioso pequeño hijo de Abas el hendir los aires sobre un caballo alado. Nosotros hemos dado á Tityo su prodigiosa grandeza, y á Cerbero sus tres bocas y su crin de serpientes. Encélada ha recibido de nosotros mil brazos para lanzar sus dardos, y por nosotros un jóven májico somete los héroes á sus encantamientos. Nosotros hemos cerrado los vientos eólicos en los odres del rey de Itaca; gracias á nosotros el indiscreto Tántalo padece sed en el seno mismo de las aguas; Nicole se cámbia en peñasco, y una jóven vírgen en osa; gracias á nosotros el ave de Cécrops canta el Odrysio Itys; Júpiter se transforma en ave ó en oro; ó, convertido en toro, hiende las ondas, llevando sobre su espinazo una vírgen tímida. ¿A qué recordar no solo á Protea, sino aquellos dientes de donde nacieron los Tebanos? ¿Diré qué fué de los toros que vomitaban llamas? ¿ó qué lágrimas de ámbar corrieron de los ojos de tus hermanas, desgraciado Faeton? ¿qué embarcaciones han sido cambiadas en diosas del mar? ¿qué el sol retrocedió de horror, por miedo de alumbrar el horrible festin de Atrea? ¿qué los más duros peñascos fueron sensibles á los acordes de una lira?

El vuelo del fecundo genio de los poetas no conoce límites; no se sujeta á la fidelidad de la historia. Tambien se hubieran debido mirar como falsas las alabanzas que daba á mi señora: vuestra credulidad es hoy dia la causa de mi desdicha.

ELEGÍA DÉCIMOTERCIA.

ARGUMENTO.

Fiesta de Juno.

Siendo mi mujer originaria del fértil pais de los Faliscos, hemos visto aquellos muros en otro tiempo vencidos por tí, ilustre Camilo. Las sacerdotisas de la casta Juno se disponian á celebrar su fiesta con juegos solemnes y con el sacrificio de una vaquilla indígena. Poderoso motivo para mí de detenerme; yo queria ver aquella ceremonia, aunque no se llega al lugar en que se hace, más que por un camino montuoso y difícil.

Es un antiguo bosque sagrado, cuya espesura le hace impenetrable al dia; no es menester más que verle para reconocer que una divinidad reside

allí. Un altar recibia las súplicas y el incienso ofrecido por la piedad, un altar hecho sin arte por las manos de nuestros antepasados. Allí es de donde á los primeros acentos de la trompeta cada año el cortejo de Juno parte y avanza por los caminos tapizados. Conduce, en medio de los aplausos del pueblo, blancas vaquillas alimentadas con los crasos pastos de Falisca, jóvenes becerros cuya frente no está aun armada ni amenazante, el humilde puerco, víctima más modesta, y el jefe del rebaño con la cabeza dura y adornada de cuernos encorvados. Solo la cabra es odiosa á la potente diosa, despues que en un bosque espeso descubrió la presencia de Juno, y la obligó á detenerse en su huida. Además los niños, hoy dia aun, persiguen con sus flechas á la cabra indiscreta, y el primero que la ha herido la obtiene en premio de su destreza.

En todas partes por que la diosa debe pasar, tiernos muchachos y vírgenes tímidas cubren de tapiz los verdes caminos. El oro y las pedrerías brillan en los cabellos de las jóvenes, y una ropa magnífica desciende hasta caer sobre sus piés donde brilla el oro. A la manera de los griegos, sus padres, marchan vestidas de blanco, y llevan sobre

su cabeza los objetos del culto confiados á sus cuidados. El pueblo guarda silencio durante la marcha del brillante cortejo. En fin, á continuacion de las sacerdotisas aparece la misma diosa.

La fisonomía de este espectáculo es enteramente griega. Despues del asesinato de Agamemnon, Haleso no pensó más que en huir del teatro del crímen y de los ricos dominios de sus padres. Despues de arriesgadas carreras por tierra y por mar, edificó, bajo felices auspicios, una ciudad rodeada de altas murallas. De él han aprendido los Faliscos á celebrar las fiestas de Juno. ¡Que ellas me sean siempre favorables! ¡que ellas lo sean siempre á su pueblo!

ELEGIA DÉCIMOCUARTA.

ARGUMENTO.

A su señora.

Yo no te prohibo, bella como eres, tener algunas debilidades; lo que yo no quiero, es el dolor y la necesidad para mí de saberlas. No, yo no exijo censor rígido, que seas casta y púdica; lo que

yo te pido es que procures parecerlo. No es culpable la que puede negar el hecho que se le imputa; la confesion que hace es la que la deshonra. ¿Qué manía es esa, de revelar cada mañana los secretos de la noche, y proclamar á la luz del dia lo que no haces más que en la sombra?

La cortesana antes de abandonarse al primero que llega, tiene cuidado de poner entre ella y el público una puerta bien cerrada. Y tú, tú divulgas en todas partes tus vergonzosos extravíos, orgullosa de ser á la vez la delatora y la culpable! Sé en adelante más casta, ó al menos imita á las mujeres púdicas. Que yo te crea honesta aunque no lo seas. Culpable ayer, sé culpable hoy; pero no lo confieses, y no te avergüences en público de hablar un lenguaje modesto.

Un apartado retiro provoca el desarreglo; que sea el solo teatro de todos tus placeres, desterrado de allí el pudor. Pero desde que salgas, no conserves nada de la cortesana, y en tu lecho queden sepultados tus crímenes. Allí, no te ruborices de quitarte la túnica y sostener otro muslo apoyado sobre el tuyo. Allí, recibe hasta el fondo de tu encarnada boca una lengua amorosa, y que para tí el

amor inventé mil especies de voluptuosidades. Allí ninguna tregua á los dulces coloquios, á las palabras halagüeñas, y que tu cama cruja con los vivos apretones del placer. Toma en seguida, con tus vestidos, la modesta postura de una vírgen tímida, y que el pudor de tu frente niegue la lascivia de tu conducta. Engaña al público, engáñame; pero permite al menos que yo lo ignore, y déjame gozar de mi tonta credulidad.

¿Por qué delante de mí, tantos billetes enviados y recibidos? ¿Por qué tu lecho está batanado á la vez por todos lados? ¿Por qué veo sobre tus hombros tus cabellos en un desórden que no ha causado el sueño, y sobre tu cuello la marca de un diente? No te falta más que hacerme testigo ocular de tu vida licenciosa. Oh! si tú te cuidas poco de atender á tu reputacion, cuídate de mí al menos. Mi alma me abandona, y me siento morir todas las veces que tú te reconoces culpable; y en mis venas corre una sangre helada. Entonces amo, entonces me esfuerzo en vano en aborrecer lo que me veo forzado á amar; entonces yo quisiera morir, pero contigo.

No haré yo ninguna averiguacion; no insistiré,

desde que te vea pronta á negar: tu denegacion solo equivaldrá á inocencia. Si no obstante llegara yo á sorprenderte en flagrante delito, si mis ojos hubieran de ser un dia testigos de tu vergüenza, lo que yo hubiera visto demasiado bien, niega que lo haya visto, y mis ojos tendrán menos autoridad que tus palabras. Así te será fácil vencer á un enemigo que no pide más que ser vencido. Que solamente tu lengua se acuerde de decir: «No soy culpable.» Cuando puedes tan fácilmente triunfar con estas dos palabras, triunfa, si no por la bondad de tu causa, al menos por la indulgencia de tu juez.

ELEGÍA DÉCIMOQUINTA.

ARGUMENTO.

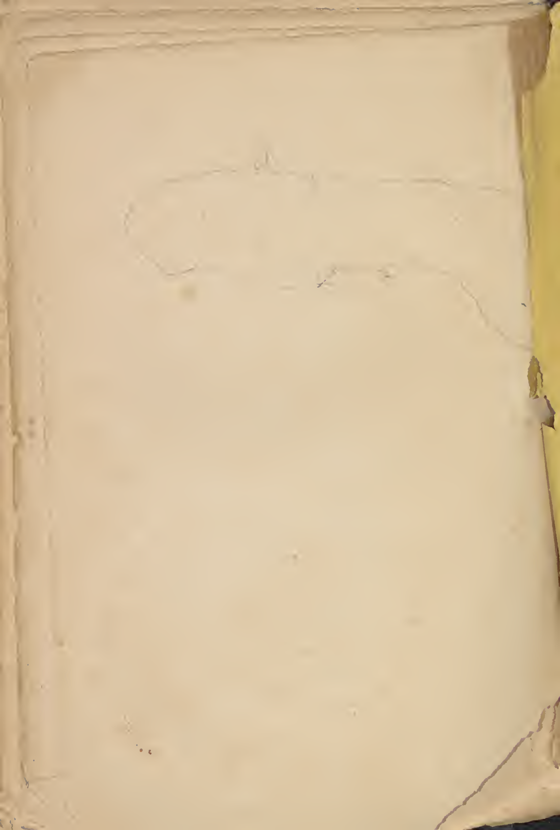
Dice adios á su Musa lasciva, para seguir otra más severa.

Busca un nuevo poeta, madre de los tiernos Amores; yo no tengo más que tocar la meta de mi carrera elegíaca. Estos cantos que he compuesto, yo, hijo de los campos pelignos, han hecho mis delicias y mi nombradía. Si este honor es alguna

cosa, yo he heredado, del primero como del último de mis antepasados, el título de caballero, y no lo debo al tumulto de las armas. Mántua está envanecido de Virgilio, Verona de Catulo: se me llamará á mí, la gloria del pueblo Peligno, de este pueblo cuyo amor por la libertad le impuso el santo deber de combatir, en la época en que Roma inquieta tembló delante de las armas reunidas para su ruina. Un dia, viendo la pantanosa Sulmona encerrada en el estrecho circuito de sus muros, el viajero exclamará: «Villa que has sido cuna de tal poeta, tan pequeña como eres, te proclamo grande.»

Amable niño, y tú, Vénus, madre de este amable niño, arrancad de mi campo vuestros dorados estandartes. El dios cuya frente está armada de cuernos, Baco, agitando cerca de mí su temible tirso, me apresura á lanzar los corceles vigorosos en una más vasta carrera. Vosotras, delicadas elegías, y tú, Musa lijera, adios: mi obra me sobrevivirá.

FIN.



La presente obrita se vende á CUATRO REALES en Valencia, librerías de su editor, D. JUAN MARIANA Y SANZ, Lonja, núm. 7, y Bajada de San Francisco, núm. 11, donde deben dirigirse todos los pedidos por mayor y menor, acompañando su valor.

En Madrid, Barcelona y demás capitales al mismo precio, en las principales librerías.

OBRAS PUBLICADAS POR EL EDITOR

Y EN VENTA EN AMBAS LIBRERIAS.

Cuentos alegres, colec. de chistes: 1 tomo, 1 rs.

El Cajon de Sastre, id. id., 3 rs.

Lammennais.—Palabras de un creyente, 1 tomo, 4 rs.

Obras médico-quirúrgicas de Mad. Fouquet: gran coleccion de recetas, 2 tomos, 30 rs.

Formulario médico de las familias, por C. de Bruc: 1 tomo en 8.° 24 rs.

Código Penal, 1 tomo, 6 rs.

Guia de Secretarios de Ayuntamiento, 1 tomo, 16 rs.

Guia del Fiscal Municipal, 1 tomo, 8 rs.

Ley de Enjuiciamiento criminal, 1 tomo, 6 rs.

Derecho civil, por D. Salvador del Viso, 3 tomos y apéndice, 54 rs.

Mesa Revuelta, coleccion de artículos y poesias, 10 rs.

Las Noches de invierno: cuentos al amor de la lumbre, por Pizcueta, 8 rs.

Novísimo arte de hacer toda clase de tintas, 2 rs.

Espronceda.—El arrepentimiento y la desesperacion, 1 cuaderno, 2 rs.

—El Diablo Mundo: linda edicion, 2 rs.

—El Estudiante de Salamanca y poesías líricas, 2 rs.

Ovidio.—El Arte de amar, 6 rs.

—Elegías amatorias, 4 rs.